2d 1757 2000

ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMÁTICA

EL AMIGO DE LAS MUJERES

(L' ami des femmes)

COMEDIA EN CINCO ACTOS, ORIGINAL

DE

ALEJANDRO DUMAS (hijo)

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. JAIME GRAELLS ORTEGA DE LA ROCHA

Se estrenó con gran éxito en el Teatro Principal de Barcelona la noche del 17 de Diciembre de 1898

PRECIO: 2 PESETAS

BARCELONA
TIPOGRAFÍA SUCESOR DE F. SÁNCHEZ, PASEO DE SAN JUAN, 141
— Teléfono número 1190 —
1899

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia
4276.

EL AMIGO DE LAS MUJERES

(L' ami des femmes)

La versión al castellano de esta obra, es propiedad del traductor y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus colonias, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de los Sres. Hijos de **E. Hidalgo,** son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMÁTICA

EL AMIGO DE LAS MUJERES

(L' ami des femmes)

COMEDIA EN CINCO ACTOS ORIGINAL

DE

ALEJANDRO DUMAS (hijo)

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. JAIME GRAELLS ORTEGA DE LA ROCHA

Se estrenó con gran éxito en el Teatro Principal la noche del 18 de Diciembre de 1898

TIPOGRAFÍA
SUCESOR DE F. SÁNCHEZ, PASEO DE SAN JUAN, 144
— Teléfono número 1190 —
1899

PERSONAJES

SR. DE MONTÉGRE.	*Sr. Oliver.*
» CHANTRIN.	» *Bonnin.*
» SIMEROSE..	» *Rojas.*
» LEVERDET.	» *Borrás.*
SR. DES TARGETTES..	» *Manso.*
SR. DE RYONS	» *Salvat.*
JUANA DE SIMEROSE.	*Sra. Caparó.*
SRA. DE LEVERDET	» *Malbi.*
SRITA. HACKENDORF.	» *Domus.*
BALBINA	» *Guitart (I.)*
JOSÉ.	» *Anibal.*
UN CRIADO.	» *Baró.*

ACTO PRIMERO

Un salón en casa Leverdet. Al levantarse el telón la Sra. de Leverdet se entretiene bordando unas zapatillas, mientras su marido duerme sobre un canapé de espaldas al público.

ESCENA PRIMERA

SRA. DE LEVERDET, RYONS, CRIADO

CRIADO. *(Anunciando.)* El Sr. de Ryons.

SRA. L. No es posible!

RYONS. *(Entrando.)* Porqué no? No me encargó V. que viniera á verla de una á dos? Ya estoy aquí: la una en punto!

SRA. L. Pícaro! Le dije á V. eso hace dos años sin que V. se dignase visitarme una sola vez... pero, siéntese V.! Tenemos que hablar de cosas muy serias!

RYONS. De veras?... Cómo sigue su esposo?

SRA. L. *(Señalándolo.)* Ya lo vé V.!

RYONS. Está enfermo?

SRA. L. No: duerme... Tiene esa costumbre después del almuerzo.

RYONS. Entonces será preciso hablar en voz baja...

SRA. L. Para qué? nada despierta á un sabio que duerme.

RYONS. Qué está V. haciendo?

SRA. L. Bordo unas zapatillas.

RYONS. Para su esposo?

SRA. L. No: para Des Targettes, cuyo santo se aproxima.

RYONS *(Con ironía.)* ¿Conoce V. al Sr. Des Targettes?

SRA. L. Y V., le conoce?

RYONS. Psé! Le veo algunas veces... en el Circo...

SRA. L. Es el amigo más antiguo de Carlos y además padrino de mi hija... hace ya tiempo que no le

720476

vemos por aquí. Debe estar peor de su reuma. *(Al criado que entra.)* ¡Ah! Es V. José? Qué hay de nuevo?

JOSÉ Una carta de la Sra. Condesa.

SRA. L. *(Al criado, leyendo.)* Sí! Dígala V. que sí!... ya lo creo! no salgo en todo el día!... Quizás sería mejor escribirla... *(A de Ryons.)* Me permite V.? Es una carta de una encantadora vecina de campo que acaba de llegar de viaje.

RYONS. Sí, señora, no faltaba más!

SRA. L. *(Al criado, leyendo.)* Y que tal, José? Está V. satisfecho de que le haya colocado en casa de la Condesa de Simerose?

JOSÉ. Si, señora.

RYONS *(Encontrándose en el foro con Balbina.)* Buenos días, señorita, cómo sigue V.?

BAL. *(Desde fuera.)* Perfectamente, Sr. de Ryons.

SRA. L. *(Despide al criado.)*

BAL. *(Entrando.)* Oh! qué calor! estoy sudando á mares! *(Corre á abrazar á su madre.)*

SRA. L. Pero! Dios mío! Cómo te has puesto!...

BAL. Voy á subirme arriba para arreglarme.

LEV. *(Sin volverse.)* No se dice, «subirme arriba,» señorita hija.

BAL. *(Yendo á su padre, besándole.)* Ya lo sé, señor papá. Era para ver si dormias; quieres algo?

LEV. Sí: dadme el periódico.

RYONS. *(A Sra. Lev.)* No sabe que estoy aquí.

SRA. L. Volverá á dormirse sin verle.

RYONS. Qué comodidad!

LEV. Emilia!

SRA. L. Me llamas?

LEV. Sí: que esté listo el coche á las dos y media y tú también, Balbina.

BAL. Bien, papá... pero pensaba pedirte un favor.

LEV. Luego... más tarde...

SRA. L. Vamos... deja dormir á papá. Vete á tocar un poco el piano y vístete.

BAL. *(Bajo.)* Sí, mamá: me dejarás poner el sombrero azul y el traje nuevo?

SRA. L. Sí póntelo!

BAL. Hasta luego, Sr. de Ryons.

RYONS. Adios, señorita.

SRA. L. *(A de Ryons.)* Cómo encuentra V. á Balbina.

RYONS. Encantadora!... Son encantadoras las niñas .. Qué lástima que más tarde se conviertan en mujeres! no tiene V. más que ésta?

SRA. L. No.

RYONS. Y hace que está V. casada...?

SRA. L. Veintisiete años. *(Se oye la respiración de Leverdet.)*

RYONS. Entonces comprendo porque duerme tanto...

SRA. L. (*Sin quererle hacer caso; después de una pausa*). ¿Quiere V. casarse?

RYONS. Sale un tren cada media hora, verdad?

SRA. L. Sí!

RYONS. Entonces, no tengo tiempo que perder... adios, señora.

SRA L. Escúcheme V. un momento.

RYONS. No quiero escuchar nada.

SRA. L. Una joven hermosísima, de alto copete...

RYONS. Sí... que toca el piano, habla el inglés, dibuja un poco, canta agradablemente, mujer de sociedad ó de casa, según convenga, como los caballos, que lo mismo sirven para silla que para tiro. (*Movimiento con sonrisa de la señora.*) Escuche, y vea si estamos lejos de entendernos: aunque fuera hija del mismo sol, aunque tuviera los cabellos de oro, los dientes de perlas, los labios de rubí, la hermosura de Venus, la sabiduría de Minerva, la gracia de Diana y las riquezas de Creso, no me casaría con ella. Está V. satisfecha, ahora?

SRA. L. Ya estoy acostumbrada á este primer arrebato La joven que le propongo tiene todo eso.

RYONS. Salvo los cabellos de oro.

SRA. L. La conoce V. acaso?

RYONS. Sí: no es V. la primera persona que me habla de ella.

SRA. L. Dice que le encuentra á V. encantador.

RYONS. Quiere V. atacarme por el amor propio? Pues tiene razón... Soy encantador para una joven que desea casarse. Veinticinco mil libras de renta, huérfano, independiente... alegre, todo el pelo y dientes... Todo eso es muy aceptable á los treinta y cinco años.

SRA. L. Y luego...

RYONS. Hay algo más aún?

SRA. L. Sí.

RYONS. No insista V. más, ó de lo contrario me hará enfermar; soy muy nervioso.

SRA. L. Como todos los que hablan mal del matrimonio... De seguro está V. casado, en algún rinconcito...

RYONS. Oh! no! soy libre como el aire!

SRA. L. Entonces, que le impide á V?

RYONS. Pues... *eso* precisamente:... mi libertad. Ah! no saben Vds. las mujeres, lo que es la libertad, pero tienen de ella tan buena idea, que estoy segurísimo que ni una sola de Vds. llegaría á casarse si fuese hombre... Yo inquietarme por una mujer!... temblar por chiqui-

llos, pasearme por todas las estaciones del mundo, con un eterno excedente de equipaje; cuando hoy puedo estar aquí, mañana allí, entrar en mi casa sin que nadie me espere, salir sin que nadie lo sienta... *ó lo desee,* ser el solo guardian de mi honor y conservar hasta la muerte mi valor intrínseco. (*Se ríe*). Sí! porque mientras no se casa, tiene el hombre todo su valor. Las mujeres le miman, las madres le escogen, y las hijas le codician... aúnque fuera feo, jorobado, patizambo, siempre se puede hacer de él un marido, mientras que el hombre más hermoso del mundo, un Adonis, aunque solo tenga veinte años, desde que se casa, ya no existe para nadie; le llaman «papá», queda ya retirado de la circulación... es un papel moneda... Que las mujeres se casen, lo comprendo, no pueden hacer otra cosa, so pena del ridículo ó del escándalo, pero los hombres... y sobre todo yo... Nunca!

SRA. L. Pero si la joven que le propongo es justamente...

RYONS. Si esa joven fuese como la deseo, yo no sería digno de ella y si es como las demás es indigna de mí. Pero... creame, no se moleste V. en hacerme ver lo contrario... es ni más ni menos que las otras...

SRA. L. Y esas otras, cómo son?

RYONS. Ya he tenido ocasión de conocerlas!

SRA. L. ¡Como!.. conoce V. á las mujeres... (*Con burla*).

RYONS. Es mi especialidad... no me ocupo más que de ese ramo de la Historia Natural, y puedo vanagloriarme de conocerlas bien á fondo... Al cabo de cinco minutos de examen, me comprometo á decirle á qué clase de sociedad pertenece una mujer... cuáles son sus gustos, carácter, pasado, la situación de su espíritu y de su corazón... en fin, todo lo que concierne á mi estado.

SRA. L. Es V. entonces un hombre terrible!

RYONS. Más de lo que V. se figura!

SRA. L. Pues bien! Qué es la mujer para V?

RYONS. Quiére V. mi verdadera... pero mi verdadera opinión?

SRA. L. Sí.

RYONS. Sí?

SRA. L. Sí.

RYONS. (*Mitad serio y mitad riendo*). Pues bien! La mujer es un ser ilógico, subalterno y maléfico.

SRA. L. Cállese V. desdichado! La mujer inspira cosas muy grandes!

RYONS. Pero impide que se cumplan. Los hombres más grandes y los más útiles, son aquellos que atraviesan el mundo sin dedicar siquiera una mirada á la mujer. Siempre que un hombre de talento es bastante incauto para confiar su corazón á una de ellas, tenga por seguro de que esa mujer le insultará y le hará traición con un belitre ó un nécio: desde la mujer de Sócrates, que tiraba á la cabeza de su marido todo lo que encontraba á mano, hasta la mujer de Moliére, que engañaba al suyo con el primer advenedizo y que más tarde, muerto él, ni siquiera supo ser su viuda.

SRA. L. Todo esto lo dice V. porque alguna mujer le habrá engañado por un hombre inferior á V.

RYONS. No: sinó porque otras mujeres han engañado á otros por mí, y á fé mía que no valía tanto yo, como los que ellas engañaban.

SRA. L. Le creo á V!

RYONS. (*Exaltándose y levantándose*). Sea! pero por oscuro é inútil que parezca, me he propuesto no dar jamás ni mi corazón, ni mi honor, ni mi nombre, á esos encantadores y terribles seres, por los cuales uno se arruina, se deshonra, y se mata y cuya única preocupación en medio de esta carniceria humana, es la de...

SRA. L. (*Interrumpiéndole y riendo*). Quiere V. un vaso de agua.

RYONS. No, gracias!

SRA. L. Entonces *detesta* V. á las mujeres?

RYONS. Al contrario... las adoro!!

SRA. L. Es V. entonces... un calavera... otro don Juan, otro Lovelace...

RYONS. Dios me libre! No soy bastante nécio para ponerme en brazos una Inés ó una Elvira; nunca he perdido una sola mujer, por el contrario he salvado á muchas, casi siempre á pesar suyo, debo decirlo. Tal y como V. me vé, soy «El amigo de las mujeres» pues me he convencido de que cuanto más temibles son en el amor, tanto más encantadoras son en la amistad con los hombres, bien entendido. Fuera deberes, y por lo tanto fuera traiciones. Nada de derechos, y por lo tanto, nada de tiranías. Entonces uno asiste al teatro como simple espectador y hasta como colaborador á la comedia del amor... Se ven de cerca, los ardides, máquinas y toda esa «mise en scene» deslumbradora é incomprensible á distancia... Uno se dá cuenta de las causas, de los efectos, de

los errores, de las contradicciones, de todo ese vaivén fantástico del corazón de la mujer: he aquí lo más interesante é instructivo! uno es consultado, dá consejos, enjuga lágrimas, arregla á los dos amantes, pide cartas, devuelve retratos, porque ya sabe V. que en el amor se hacen los retratos solo para ser devueltos... casi siempre sirve el mismo; conozco uno que he pedido á cuatro hombres distintos y que ha concluído por ser devuelto al marido.

SRA. L. Entonces, no ha estado V. nunca enamorado?

RYONS. Nunca! Por quién me toma V?

SRA. L. Intenta V. darme á entender que se atiene solo á la simple amistad?

RYONS. Sí; solo que La Bruyére dice... (*Se detiene*).

SRA. L. Qué le pasa á V. (*Se oye un piano*).

RYONS. Estoy escuchando esa música sentimental y encuentro que favorece el sueño académico del Sr. Leverdet.

SRA. L. Es mi hija.

RYONS. Su hija es quien toca el piano de ese modo?

SRA. L. Si.

RYONS. Es preciso vigilarla: tiene demasiado sentimiento musical para su edad... Apropósito! Es ella la joven que me proponía usted hace poco?

SRA. L. No propone una á su hija así como así.

RYONS. Sí: es verdad, eso solo está bien para las hijas de los demás... Pues bien! La Bruyére dice «Es más facil encontrar una mujer que no haya tenido nunca amante que una que haya tenido solo uno.»

SRA. L. La Bruyére dice esto?

RYONS. Sí. Para que se fie V. de los clásicos!

SRA. L. De modo que...

RYONS. Soy sobre todo el amigo de las mujeres que han tenido un amante y como según La Bruyére no les basta con la primera prueba, llega un día en que...

SRA. L. ...es V. el segundo. (*Ríe*).

RYONS. No: no tengo número. El amor tal y como yo lo comprendo, no es más que un nudo hecho á la amistad para que ésta sea más sólida. Ocupa los entreactos de las grandes pasiones, nace en una sonrisa y se pierde en una lágrima entre una puesta de sol y un amanecer. En términos poéticos soy una estrella: en la vida real, soy un amante sin consecuencia y sin responsabilidad,... un ministro sin cartera. Y cuando llega un día en que la mujer en

una hora de arrepentimiento, pues el arrepentimiento es la gran virtud de las mujeres, hace el balance de su pasado y su conciencia le recuerda *muchos más nombres* de los que ella quisiera recordar, al llegar al mío reflexiona un instante y luego se dice resuelta y sinceramente: «No, á ese no hay que contarle.» Este «ese» soy yo, y me encuentro satisfecho de mí mismo.

SRA. L. Jesús! Dios mío!.. Pero, desgraciado, V. no cree en nada?

RYONS. Creo en lo verdadero, no en lo falso. Dios quiso que el *bien* existiera, el hombre no lo quiere así: hágase pues la voluntad del hombre.

SRA. L. Entonces, según V. no hay mujeres honradas?

RYONS. Sí: más de lo que se cree: pero menos de las que se dice.

SRA. L. Qué piensa V. de ellas?

RYONS. Que es el espectáculo más bello que pueda darse á contemplar á un hombre.

SRA. L. ¡Cómo! No ha visto V. nunca mujeres que aman á su marido, á sus hijos y cuyo honor está intacto?

RYONS. Sí; pero no es virtud, es suerte. Vaya un mérito más grande el ser fiel á un marido á quien se ama! Porqué no me dice V. «Admire á un hombre que tiene quinientas mil libras de renta y que no ha robado nunca.» Puesto que las tiene...

SRA. L. Y las que no han encontrado la felicidad en el matrimonio, que sus maridos las han engañado, abandonado, arruinado y por fin, á pesar de no tener hijos para consolarse se mantienen irreprochables; *de esas* (*Pausa.*) Que dice V?

RYONS. (*Pausa.*) Que son ó terriblemente feas ú horriblemente fastidiosas.

SRA. L. (*Rápido*) Salga V. inmediatamente. No quiero verle más por mi casa.

RYONS. (*Tendiéndole la mano*) Adios, pues...

SRA. L. No quiero darle la mano.

RYONS. Me moriré de pesar...

SRA. L. De pesar!.. (*Irónica.*) Ya me burlaré yo á mi vez de V. cuando le llegue el turno!

RYONS. Quisiera me llegase solo para ver lo que es!

SRA L. Ya lo verá V., ya!

RYONS. No lo creo! He hecho todo lo posible para llegar á este caso!.. y nada!

SRA. L. Sabe V. como concluirá?

RYONS. Cómo?

SRA. L. A los cincuenta años, padecerá V. de reuma.

RYONS. Ya encontraré alguna «amiga» que me borde las zapatillas

SRA. L. (*Rápido.*) Ni eso siquiera: se casará V. con su cocinera!

RYONS. Eso dependerá de su cocina.

LEV. (*Se despierta, frota los ojos y se levanta.*) Las dos! Está ya listo todo el mundo? Calle! es V. de Ryons? cuanto me alegro de verle! hace ya tiempo que está V. ahí?

RYONS. Sí; desde... la una. (*Mut. Sra. Lev.*)

LEV. Ah! Pobre de Ryons! le pido mil perdones; pero si hubiese V. pasado como yo toda la noche trabajando... (*Busca en el bolsillo.*)

RYONS. Que busca V? (*La Sra. Leverdet mutis 2.ª izquierda.*)

LEV. Ha visto V. alguna vez carbón de piedra?

RYONS. Si: en las chimeneas.

LEV. Sabe V. qué se hace de él?

RYONS. Pardiez! Fuego!

LEV. No está mal pensado para un hombre de mundo; pero nosotros nos proponemos hacer algo más.

RYONS. Que?

LEV, *Alcohol:* y á un precio excesivamente barato: á veinticinco céntimos el litro. (*Enseñándole un frasco que saca del bolsillo.*) Huela V.

RYONS. (*Oliéndolo.*) No huelo nada!

LEV· Precisamente!.. El alcobol puro, abstracto, absoluto; la quinta esencia de los alquimistas... Tenga V. cuidado! no vaya á romperse este frasco! Quizás no pudiera rehacer lo que contiene, y esta muestra, aquí donde V. la vé, viene á costarme unos veintiocho mil francos!

RYONS. Entonces hay que recorrer algún camino todavía hasta llegar á los veinticinco céntimos!

LEV. Ya llegaremos, ya!

RYONS. Y luego?

LEV. Buscaremos otra cosa, y así sucesivamente, mientras V. se dedica á discutir con nuestras mujeres, paradojas como la de hace poco!

RYONS. Cómo! nos ha oido V!

LEV. Perfectamente.

RYONS. Entonces no dormía...

LEV. Sí: pero sueño de instituto, que dispensa de hablar, pero no impide el escuchar

RYONS. Pues bien! V. que lo sabe todo, que piensa de las mujeres?

LEV. (*Pausa.*) Pregúnteles á ellas lo que piensan de nosotros... será aún más divertido.

RYONS. Es que su señora, quiere casarme.

LEV. Tiene razón: que edad tiene V?

RYONS. Treinta y cinco años!

LEV. Algo tarde es: pero cásese con la joven que mi mujer le propone.

RYONS. La conoce V.?

LEV. No: pero ésta ú otra, que importa? Sin eso le perseguirá á V. por todas partes una turba de gente, que no cesará de gritarle: «Cásese usted! Cásese V ! Las tres cuartas partes de la sociedad están casadas y no admitirán nunca, lo oye V. bien? nunca! que la otra cuarta parte tenga razón para no estarlo y tarde ó temprano es menester pasar por ello Porque, pues esperar á más tarde y rebelarse contra las instituciones sociales?

RYONS. Entonces, está V. contento de haberse casado?

LEV. Por de pronto, soy de la verdadera pasta de que se hacen los maridos Creo que vine al mundo ya casado... ni siquiera me acuerdo de cómo lo hice.

RYONS. Y si se quedará V. viudo?

LEV. Me contrariaría bastante, porque ya estoy acostumbrado á mi mujer, pero volvería á casarme enseguida. El matrimonio es como la vacuna: sirve de resguardo.

RYONS. Y si uno no puede vivir con su mujer?

LEV. Siempre se puede vivir con la mujer, y más teniendo otras cosas que hacer.

RYONS. Y si le deja á V. y se escapa con otro?

LEV. A ese «otro», hay que compadecerle más que á mí... y luego uno se convierte en solterón que no puede casarse, que es una situación admirable.

RYONS. Sí, todo esto está muy bien, pero no impide que el matrimonio, sea la carga más pesada que puede agobiar al hombre.

SRA. L. (*Entrando, después de haber oido lo que se ha dicho últimamente.*) Por eso mismo son dos á llevarla.

LEV. (*Tomando un polvo*) Y á veces tres.

BAL. (*Entrando.*) Ya estoy lista... Ah, papá! estás ya levantado? (*Le besa.*)

SRA. L. (*á Balbina.*) A ver vuélvete... Bien... Carlos!

LEV. Que hay!

SRA. L. No te olvides de pasar por casa de Des Targettes.

LEV. Ah, es verdad! pobre chico ,con su reuma...

BAL. Mamá. mamá! El coche de la Sra. de Simerose. (*Balbina, sale.*)

LEV. Ya verá V. como no salimos.

SRA. L. Sí. precisamente tenemos que hablar Juana y yo.

ESCENA II

SR. Y SRA. LEVERDET, JUANA, DE RYONS, BALBINA

SRA. L. (*A Juana que entra acompañada de Balbina, dándole un beso.*) Nos ponemos en fila?

JUANA. Abrázame tú desde luego!

LEV. Y yo?

JUANA. Para V. las dos manos. No le pido noticias suyas, porque ya las tengo por la «Unión de las Ciencias.»

LEV. Lee V. esas cosas?

JUANA. Sí: en el Delfinado, una es capaz de todo.

LEV. Ha venido V. por el Delfinado?

JUANA. Sí; hará unos quince días estuve allí en casa de mi tía.

SRA. L. (*Presentando á Ryons.*) El Sr. de Ryons. (*Juana saluda.*) Y cuando has llegado?

JUANA. Esta mañana; y mi primera visita ha sido para tí... (*á Leverdet*), pero V. se disponía á salir... no haga cumplidos... dos mujeres que hace seis meses no se han visto, están seguras de no aburrirse... Oh! Y que hermosa es esta niña! (*abraza á Balbina.*) Es tan alta como yo. (*Se quita el sombrero.*)

SRA. L. (*A de Ryons.*) Conoce V. á esta señora?

RYONS. No la he visto en mi vida.

SRA. L. Ha oido V. hablar de ella?

RYONS. Tampoco.

SRA. L. Palabra?...

RYONS. Palabra!

SRA. L. Pues bien! Qué clase de persona es, ya que es V. tan fuerte?

RYONS. Nada más fácil.

SRA. L. Veamos.

RYONS. Es evidentemente mujer de sociedad.

Sra. L. En qué lo ha conocido V.?

RYONS. En su manera de entrar en el salón, de vestirse, de saludar, de tender la mano: es el A. B. C. del arte.

SRA.L . Sí: es mujer de sociedad.

RYONS. Ha sido educada en París, pero tiene sangre extranjera en las venas.

SRA. L. Qué se lo indica á V? (*Con gran sorpresa.*)

RYONS. La manera con que se ha arrojado al cuello de V. Una francesa de pura sangre no hubiera olvidado que llevaba en la cabeza un sombrero de casa Mad. Ode, pues su sombrero es en efecto de allí.

SRA. L. Qué! Entiende V. también en sombreros? (*con mucho asombro.*)

RYONS. Sombreros, guantes y zapatos: he ahí toda la mujer.

SRA. L. Su padre era francés, pero su madre es griega.

RYONS. Es viuda ó está separada de su marido.

SRA. L. En qué lo conoce V.?

RYONS. Nadie le ha preguntado por el Sr. de Simerose; forzoso es que sea viuda ó esté separada de él.

SRA. L. Está separada del Conde.

RYONS. El tiene la culpa de esta separación.

SRA. L. Cómo lo sabe V.? (*Con sorpresa y casi indignada.*)

RYONS. No la recibiría V. en su casa si fuese ella!

SRA. L. Vamos; no está mal... Ahora el estado de su corazón?...

RYONS. Oh! Esto es ya más grave. Es preciso para esto que me hable... en la voz es donde se descubren estas cosas.

SRA L. Se acerca! (*Durante la escena anterior Balbina toca el timbre, sale el criado y se lleva el sombrero de Juana.*)

RYONS. (*A sí mismo.*) Empecemos el ataque.

JUANA. (*Á de Ryons.*) Balbina, acaba de repetirme su nombre que al principio no había entendido bien. Somos casi antiguos conocidos, pues según creo, es V. pariente del Sr. Vizconde de Ryons, ex-consul de Grecia.

RYONS. Era mi tío, señora.

JUANA. Pues bien! Su tío de V. fué uno de los testigos de la boda de mi padre.

RYONS. Me honra mucho esta circunstancia, señora, y me parece recordar que yo también he tenido ya el honor de encontrarme otra vez con usted.

JUANA. Lo que no sería muy halagador para mí, puesto que no está V. muy seguro de ello. Pero no lo creo, porque si me hubiese encontrado con V. alguna vez, su nombre hubiera evocado en mí, el recuerdo de hace poco.

RYONS. Es que quizás entonces no conocía V. mi nombre.

JUANA. Ah! Así estoy dispensada de mi falta de memoria.

SRA. L. No tienes que extrañarte de nada de ese caballero: vé lo que los demás no ven. Es el diablo!

JUANA. Le doy la enhorabuena.

SRA. L. Dice *la buenaventura.*

JUANA. Quien puede el más, puede el menos; en cuanto á mí, adoro las hechicerías.

RYONS. (*A Juana.*) Tal vez pudiera decirla cosas extraordinarias.

JUANA. De veras? qué es preciso hacer para ello? (*p*)

RYONS. Sabe V. el inglés?

JUANA. Sí.

RYONS. Tendría V. la amabilidad de traducir al inglés la frase «caballero, á qué hora llegaremos á Estrasburgo?» No tema V. No estoy loco!

SRA. L. No lo aseguraría yo!

JUANA. En fin, si esto le ha de complacer, consiento en ello.

RYONS. Bien claro, eh?

JUANA. At what o'clok shall we arrive at Strasburg? Sir. *at uot o'cloc shal ui arraif at Strasberg.* Así? (*Rie,*)

RYONS. Sí, señora: mil gracias. (*Rien.*)

JUANA. Hay que hacer algo más?

RYONS. Sí, señora, pero por esta vez, basta: no hay que abusar, y luego... ya sé lo que quería saber?

JUANA. Y me hará V. sin duda el honor de decirme...

RYONS. Ciertamente...

JUANA. Se lo agradeceré muchísimo, porque no siendo del todo francesa, aunque comprenda perfectamente ese idioma, ignoro algunas de sus sutilezas y en verdad, lo siento, porque sé, que si bien el chiste francés, no es siempre conveniente, es casi siempre espiritual. (*Saluda y se aleja.*)

SRA. L. Qué me dice V. de eso? eh?

RYONS. Bravísimo! Es mujer de mucho talento... es lo que yo llamo una verdadera mujer. Sabe usted que su casa es muy original? Siento en el alma no haberla conocido antes!... hay mucho que hacer aquí, para un coleccionador como yo.

SRA. L. Pues bien! venga V. á comer hoy con nosotros.

RYONS. No faltaré.

LEV. (*A de Ryons.*) Ha concluído V.? Le aguardamos para salir.

RYONS. Entonces vamos. (*Salen todos excepto Juana y la Sra. Leverdet.*)

ESCENA III

JUANA, SRA. LEVERDET

JUANA. Quién es ese Sr. de Ryons?... Nunca le he visto en tu casa.

SRA. L. Es un hombre de mundo, muy ligero, y muy indiscreto, que haría ahorcar á su mejor amigo, si es que lo tiene, por una palabra espiritual y que tiene dos manías: la de no creer en nada y la de conocer las mujeres. No le habías visto antes?

JUANA. No: aunque él pretenda lo contrario.

SRA. L. Pues me ha dicho de tí, cosas completamente ciertas. Te prevengo que le interesas muchísimo, y si logras enamorarle, que te será bien fácil, vengarás á nuestra comunidad, á la que no cesa de atacar ni de día ni de noche.

JUANA. Si es necesario al bienestar público, procuraré hacerlo.

SRA. L. Y porqué esta vuelta tan repentina ..? No me decías nada en tu última carta.

JUANA. No pensaba venir tan pronto, pero de repente empecé á fastidiarme.

SRA. L. Nada más?

JUANA. Te parece poco?

SRA. L. No; prefiero que sea por eso que por lo que yo me había imaginado.

JUANA. Y qué es ello?

SRA. L. Algun disgusto...?

JUANA. No! Gracias á Dios!

SRA. L. Supongo que habrás venido con tu madre, verdad?

JUANA. No: mamá llegará dentro de tres ó cuatro días. Vine acompañada de mi tío, pero se ha quedado en Fontainebleau para ir á ver á un hijo suyo.

SRA. L. Entonces, estás aquí sola completamente?...

JUANA. Sí.

SRA. L. (*Admirada, pero luego con alegría.*) Ah! vamos... (*P.*) Cuándo tomamos la gran resolución?...

JUANA. Cuál?

SRA. L. La de reconciliarte con el Sr. de Simerose.

JUANA. Con mi marido? Así, tan aprisa! antes de sentarnos siquiera? (*Se sientan.*) Pero si el señor de Simerose ya no piensa en mí, y yo felizmente ya no pienso en él.

SRA. L. Te equivocas, piensa mucho en tí.

JUANA. Quién te ha dicho eso?

SRA. L. El mismo!

JUANA. Le has visto?

SRA. L. Hace ocho dias. Se arrepiente.

JUANA. Está acaso arruinado?

SRA. L. Esta pregunta es indigna de tí. Te aseguro...

JUANA. Es inútil, querida. La herida es muy profunda.

SRA. L. No conoces los hombres, Juana; tu marido te

amaba entonces y te ama hoy. Todo el mundo fué de tu opinión respecto al rompimiento. Las mujeres por envidia, los hombres por cálculo, creen ganar algo en estas catástrofes domésticas, pero pasa el tiempo. Poco á poco se hace la reacción; la falta de marido se convierte en un pecadillo que no merecía tanto ruído y el rigor prolongado de la mujer, sobre todo cuando es el marido el primero en proyectar la reconciliación, no se explica. Créeme. Perdona; es ya tiempo.

JUANA. No!

SRA. L. Haces mal! Desde el momento en que tu marido pise los umbrales de tu casa nadie se preocupará por lo que pase en ella. El mundo confía al marido la guardia de su mujer; si él no dice nada, nada tiene el mundo que decir. Los lazos de la esposa, son la libertad de la mujer.

SRA. L. Ya comprenderás algún día que tengo razón al hablarte de este modo. Quisiera verte féliz y cómo la ocasión es tan apropósito...

JUANA. Cómo?

SRA. L. Te quedas á comer con nosotros, verdad?

JUANA. Sí: á menos que tengas mucha gente; estoy algo fatigada del viaje.

SRA. L. No tengo más que amigos... El Sr. de Chautrín...

JUANA. Siempre con su barba?

SRA. L. Siempre... el Sr. de Ryons, á quien acabas de ver, el Sr. de Montégre á quien he prometido presentarte en cuanto volvieras de viaje.

JUANA. (*Distraída.*) Le he visto dos ó tres veces en casa de su hermana.

SRA. L. Pero nunca le has recibido en tu casa?

JUANA. No, nunca.

SRA. L. La Srita. de Hackendorf, que vendrá á vernos probablemente por la tarde. Hubiera querido que hubiese asistido á la comida, pero es tan buscada cuando viene á París...

JUANA. Siempre tan bella?

SRA. L. Siempre... El Sr. des Targettes, á quien mi marido ha ido á buscar...

JUANA. Se me olvidó preguntarte por él...

SRA. L. (*Afectando distracción.*) Creo que ha estado algo enfermo...

JUANA. No estás segura de ello?,..

SRA. L. No... le vemos muy poco... Y por fin...

JUANA. Y por fin, quién?

SRA. L. Adivínalo.

JUANA. Cómo quieres?...

SRA. L. El Sr. de Simerose.

JUANA. Mi marido? (*Levantándose.*)

SRA. L. El mismo.

JUANA. Ah! De modo que te has pasado al campo enemigo durante mi ausencia, eh?

SRA. L. No, pero entrevéia una próxima reconciliación, le convidé á comer. Si dá la coincidencia de que venga hoy, no me culpes á mí, sino á la casualidad; sabes que es lo mejor que podrías hacer?

JUANA. Dí.

SRA. L. Quédate... Deja que llegue, dale la mano como si sólo hiciera dos días que os hubieseis separado, come con él, y luego os marchais tranquilamente del brazo, sin más explicación. Sería lo más espiritual del mundo.

JUANA. No!

SRA. L. Estás irritada conmigo?

JUANA. No, pero exijo de tí...

SRA. L. Qué?

JUANA. Que no comas hoy en tu casa.

SRA. L. Y mis invitados?

JUANA. Hazlos venir á la mía, los recibiré con sumo gusto.

SRA. L. *A todos?...*

JUANA. Excepto á uno!

SRA. L. Ah pícara!

JUANA. Consientes?

SRA. L. Vamos; se hará lo que quieras.

JUANA. Entonces voy á mandar disponerlo todo. Haz que me traigan el sombrero. (*Sra. Lev. toca el timbre al criado que entra.*)

SRA. L. El sombrero de la señora... (*Después de un momento de vacilación, á Juana.*) Pero de veras estás resuelta á no...

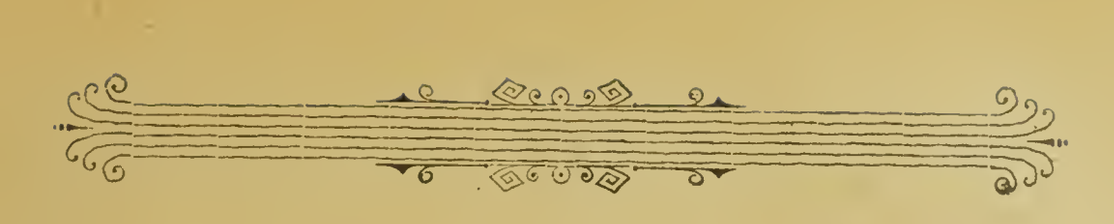
JUANA. ¡Es mi ultimatum! (*Entra el criado... Juana se pone el sombrero y después despidiéndose.*) ¡Hasta luego, eh!

SRA. L. (*Acompañándola.*) Bien... bien... (*Se queda en el foro hasta que vé el coche alejarse.*)

Juana Adios!

JUANA. Adios! (*Y luego yendo hacia el centro de la escena.*) ¿Qué conduzca mis invitados á su casa?... ¿Qué intentará?... Estará en inteligencia con De Montégre.. y me lo oculta!... ¡Ah! ¡pues cuidadito, condesa, ~~condesa~~... cuidadito!

TELON



ACTO SEGUNDO

Gabinete en casa de la condesa de Simerose. Un piano, mesita de juego. Un estereóscopo. (Es de noche.)

ESCENA PRIMERA

De Ryons, de Montégre, des Targettes

Ryons. No sé como se come en casa de los Leverdet, pero he comido admirablemente aquí.

Targ. De algún tiempo á esta parte se come muy mal en casa de los de Leverdet. Era, sin embargo, una de las mejores mesas de París. No es verdad, De Montégre?

Mont. Sí, creo que sí!

Targ. Anda V. hoy algo distraído.

Mont. V. perdone, pero estaba pensando en otra cosa.

Targ. Es lo que ordinariamente sucede, cuando se esta distraído.

Ryons. En efecto. (*A De Montégre.*) Quiere V. un cigarro, De Montégre?.

Mont. No: gracias.

Ryons. No fuma V.?

Mont. Sí: algunas veces, pero no hoy. (*Encienden él y Des Targettes.*)

Ryons. Des Targettes; ha estado V. muy galante con la Condesa durante la comida...

Targ. Si ella quisiese... A una mujer como ella le hace falta un hombre como yo... Es encantadora, no es verdad De Montégre?

Mont. Sí: pero creo y espero que la Condesa de Simerose, es y será siempre una mujer honrada. Es lo mejor que podemos desearla, sobre todo en su casa.

TARG. Ha sido una broma, señor puritano. Luego no es el género de mujeres que á mí me gusta.

RYONS. Ya pareció aquello. Dejad á tres hombres solos después de comer y estad seguros de que su conversación ha de recaer forzosamente sobre mujeres, y siempre es el de más edad el que principia Vamos á ver, qué clase de mujer le gusta á V.?

TARG. A mí? la costurera.

RYONS. Poco ambicioso es V.!

TARG. Poco á poco, querido. No me refiero á la costurera de hoy, sino á la de otros tiempos. Hoy día, ha desaparecido la raza. Es una fatalidad, pero en 1872 y 73 .. es V. demasiado joven para haberlas conocido. . había un taller de costurera en la calle de Monblanch, que era un verdadero nido de muchachas bonitas.

RYONS En casa de la Sra. de Saint-Armand?

TARG. Cómo! La conoció V. acaso?

RYONS. Conozco á todas las mujeres pasadas, presentes y por venir. Figurese V. que mi primer amor fué Laura en el 86.

TARG. Es posible!

RYONS. Sí: me escapaba del colegio para ir á verla, vendía mis libros á la tía Remedios de la calle de San Justo y con su producto la regalaba ramos de violetas; la componía versos... Me robó el reloj... Hace dos años descubrió mi dirección y vino á verme.

TARG. Para devolvérselo?

RYONS. Para pedirme algunos luises; qué triste es, amigo mío, el volver á ver á los treinta y tres años á una mujer á quien se ha conocido hermosa, alegre y llena de vida, y hoy se nos presenta arrugada, encanecida y hablándole á uno del Monte de Piedad, de miserias y de enfermedades y pidiendo por compasión un pedazo de pan que llevarse á la boca.. Oh, desgraciada juventud! Y V? .. cuáles han sido sus primeros amores?

TARG. Los de Luís XIV! Una institutriz! Y V., de Montégre, ha tenido más suerte que nosotros?

RYONS. Casi me atreveria á asegurarlo.

MONT. Y porqué razón?

RYONS. Estoy seguro de que no ha amado V. antes de los veinte ó veintiún años.

MONT. A los veintidós.

RYONS. Admirable! Ha nacido V. en un país montañoso, no es cierto?

MONT. Sí: en las montañas del Jura.

RYONS. Acerté. Es V. aficionado á la caza?

MONT. Como todos los montañeses.
RYONS. Padece V. de neuralgia?
MONT. Muchísimo.
RYONS. Ha nacido V. para ser «coracero.»
MONT. Que quiere V. decir con eso?
RYONS. Que la naturaleza, grande hacedora de obstáculos, es menos pródiga de lo que parece. Posee dos ó tres modelos con los cuales hace á los hombres y como es natural, los salidos de un mismo modelo se parecen.
MONT. Entonces, yo...
RYONS. Pelo abundante, tez morena, voz sonora y metálica, músculos de acero, cuerpo de hierro, siempre al servicio del alma, entusiasmos rápidos, desengaños terribles! Hé aquí los principales caracteres de la raza á la que V. pertenece.
MONT. Por esta razón debería yo ser coracero?
RYONS. Sí: los hombres de esta constitución necesitan gastarse en una carrera de luchas. De entre ellos escoge Dios á los grandes generales, grandes oradores ó grandes artistas. Cuando no salen de la vida común, les es preciso dedicar su exceso de actividad, á alguna cosa, so pena de estallar. El amor se encarga entonces de esta necesidad y si estos hombres no han sido unos Césares, Rafaeles ó Cervantes, son... Otelos!
MONT. Me asusta V.
RYONS. Hableme V. con toda sinceridad. Estando enamorado y no saliéndole todo á medida de su deseo, no ha pensado nunca en los medios extremos?
MONT. Algunas veces.
RYONS. Pues bien. El día que le vea V. acosado por un gran pesar, guárdese V. de tocar una carta para distraerse, ó de beber una copa para aturdirse. Los hombres como V. no tienen medida en la pasión.
MONT. Es V. fisiólogo?
TARG. Conoce V. también á los hombres?
RYONS. Es tan fácil ..!
TARG. Qué es preciso hacer para ello?
RYONS. Es necesario frecuentar las mujeres; de todos modos, el Sr. de Montegre no debe ni admirarse de mi ciencia ni herirse por mi familiaridad. Hemos sido compañeros de escuela: era V. externo y me parece le estoy viendo llegar, el primero, acompañado de su preceptor.

MONT. El Abate Revel... Ruego á V. me perdone el no haberle reconocido.

RYONS. Si fuera preciso reconocer á todos los antiguos camaradas, no concluiría uno nunca. Sin embargo, de entre ellos se escogen los mejores amigos.

MONT. (*Tendiéndole la mano*) No importa; quiere usted que nos aprovechemos del antecedente?

RYONS. Como V. guste!.. Desde entonces me han hablado mucho de V.

MONT. Quién?

RYONS. Una mujer.

TARG. Dígame V. su nombre, de Ryons! De Montégre es tan callado, que no hemos podido lograr que nos contara ninguna de sus aventuras amorosas.

MONT. Espero que el Sr. de Ryons...

RYONS. No, no nombraré á nadie, aunque en rigor, no comprometería mucho á la señora cuyo nombre de pila era Enriqueta.

MONT. Qué? Era ella .?

RYONS. Sí! me hablaba mucho de V.

MONT. Pero cómo? V. no iba á su casa.

RYONS. Si: ya sé que no dejaba V. ir á nadie, pero en cambio ella venía á la mía.

MONT. En donde vivía V?

RYONS. Calle de la Paz...

MONT. (*Sin dejarle acabar.*) Número nueve.

RYONS. Justo.

MONT. Y yo que casi siempre la acompañaba hasta allí!

RYONS. Lo sé: y se lo agradezco infinito.

MONT. Pero si ella decía que iba á casa de su modista!

RYONS. De los veinticinco á los cuarenta años, un hombre que se precie de inteligente debe habitar siempre en casa de una costurera ó de un dentista... la guarda V. aún rencor?

MONT. Mucho me hizo sufrir... Cuantas cosas he encontrado en su pasado!

RYONS. El pasado de las mujeres es como las minas de hulla: no puede bajarse á ellas con luz.. En todo caso disponga V. de mi experiencia en los casos venideros: mis consultas son gratuitas y mi casa es conocida por su discreción...

MONT. Ya estoy curado, afortunadamente.

RYONS. No importa. Hay recaídas. (*A Des Targettes.*) Y cuándo es la partida?

TARG. Mañana... sabe V. entonces?...

RYONS. Sé que se pretende casarle á V. en el campo.

TARG. Figúrese V... que... Ah! ahí están las señoras.

ESCENA II

Dichos, Sra. de Simerose, Srta. Hackendorf, de Chantrin, Leverdet, Balbina

Juana. Dan Vds. su permiso, caballeros? porque á lo que parece, nos corresponde á nosotras el venir á buscarles...

Mont. Precisamente nos disponíamos...

Juana. Sí: á escuchar la interesante conversación del Sr. de Ryons...; pero no importa, el señor Leverdet, nos ha entretenido muy agradablemente con un tema astronómico de los más interesantes.

Mont. El Sr. de Ryons y yo hemos renovado una antigua amistad: somos compañeros de escuela.

Juana. Es una razón aceptable quizás para mí, pero no para la Srta. Hackendorf, que no habiendo encontrado á la Sra. Leverdet en su casa, ha tenido la buena idea de venir á buscarla á la mía. De qué la sirve el ser la joven más bella de París, si ha de sufrir tales abandonos?

Hack. Acepto la lisonja porque estamos en el campo.

Mont. Acaba V. de llegar de viaje?

Hack. Vengo de Baden.

Mont. Y se dirige á...

Ryons. A Ostende.

Hack. Cómo lo sabe V., enemigo mío?

Ryons. Hace V. siempre lo mismo... Florencia, Baden, París y Ostende... (*Vá para hablar y se detiene.*)

Hack. Concluya V! no se detenga! Qué iba V. á decirme?

Ryons. Que me alegro siempre de verla á V.

Hack. Por qué?

Ryons. Porque me gusta todo lo bello y V. es una maravilla de la creación.

Hack. Muy lisonjero está V. amigo mío!

Ryons. Ya sabe V. que es hermosa!

Hack. Sí! Pero que lástima que sea tan nécia, verdad?

Ryons. Nada de esto! Es casi extraordinario que siendo tan bella, no sea V. insoportable. Lo he sido V. sin embargo.

Hack. Ah!

Ryons. Pero ahora es V. encantadora hace tiempo que la estudio y afortunadamente no tengo nada que reprocharla.

Hack. Me alegro infinito.

RYONS. Y su señor padre, tendremos el gusto de verle esta tarde?

HACK. Prometió venir á buscarme, pero me olvida tan fácilmente cuando está en casa del barón de Logeval!

LEV. No importa... la acompañaré yo.

HACK. Y porqué ha de molestarse V.? De todos modos vendrá el coche por mí. . Además no está lejos.

JUANA. Es que no quiero que vaya V. sola.

HACK. Estoy ya tan acostumbrada...

CHANT. Costumbre que llama la atención de todo París, por cierto.

HACK. Lo que prueba una vez más cuán poco basta para llamar la atención de la ciudad que se considera la más inteligente del mundo.

CHANT. No estamos acostumbrados á ello y las señoritas francesas...

HACK. Sí: las señoritas francesas tienen quizás cuando salen, los bolsillos llenos de diamantes, y temen ser desbalijadas á cada instante. Por eso nunca salen solas: el papá á la derecha, la mamá á la izquierda, el hermano delante y el tío detrás. En nuestra sencilla Alemania, se nos confía á nosotras mismas y no cambiaré yo mis costumbres por las de los parisienses.

RYONS. (*Ap. á Targ.*) Dice bien! Además, es hermosa y millonaria, todo le está permitido!

CHANT. Después de todo, las inglesas también...

JUAA. (*Interrumpiéndole*) Sr. de Chantrin, ya que ha tenido V. la amabilidad de dispensarnos su compañia en ausencia de esos señores, le devolvemos su libertad. Puede V. si gusta pasar al jardín á fumar un cigarro.

CHANT. Mil gracias, señora, no fumo nunca.

JUANA. Y como ha podido V. escapar del contagio del cigarro?

CHANT. Ya verá V.! Yo he fumado, pero lo creerá usted? No encontré en el cigarro todas las ventajas que apetecía. Mi madre, que era una mujer del gran mundo y como tal Vds. lo saben mejor que nadie, señoras, aborrecía el perfume del cigarro, si es que á ello puede llamarse perfume, me prohibió que fuese á verla después de fumar, porque yo tenía una desventaja que muchos hombres no tienen y es que llevando como llevó barba, no puedo deshacerme del maldito olor del tabaco; á pesar de todos mis cuidados, aunque no fumara más que uno de esos cigarrillos que algunas señoras fuman y que más bien sirven de entrete-

nimiento á los labios que para saborear el gusto del tabaco; pues bien! Un simple cigarrillo era la causa de que al irme á despedir de mi madre por la noche, como se hacía generalmente en las familias antiguas en que la tradición del respeto filial se conservaba y que aún hoy día muchas familias no han olvidado, mi madre me reprendia diciendo: «Teodoro, confiesa que has fumado hoy también á pesar de mi prohibición.» Yo se lo confesaba y ella me perdonaba porque era muy buena, pero yo veía que lo sentía mucho y como la quería, concluí por renunciar; no diré á una costumbre, porque no había llegado todavía á este extremo. pero sí á una distracción que encerraba muchos inconvenientes. Del resultado puedo muy bien alegrarme, por mi salud desde luego y por otra parte también, porque siempre he preferido las conversaciones íntimas con las señoras de talento, como la de hace poco, á todos los demás placeres.

LEV. (*A Balbina que está aún escuchando con la boca abierta.*) Cierra la boca, hija mía, que ya se concluyó.

RYONS. Tres minutos hace que está charlando; esto es: el tiempo que se emplearía en ir y venir de Asniéres.

LEV. Y pensar que estudió conmigo! Su padre era hombre de mucho talento, sin embargo Pero cuidado!... No hablemos muy mal de él delante de la Srita. Hackendorf.

RYONS. Es el pretendiente actual.

LEV. Así parece... Balbina!

BAL. Papá!

LEV. En qué piensas?

BAL. En nada, papá!

LEV. Pues toca el piano: haz alguna cosa: ya sabes que tengo horror á la inacción, que prefiero el que hace mal al que no hace nada.

JUANA. Sí, Balbina, cántanos tu romanza.

CHANT. Canta V. señorita? Oh! La música, la música es la... (*Se alejan.*)

LEV. Des Targettes! y nuestra partida de «Bezigue?»

TARG. Siempre con tu «Bezigue!» Ya me voy cargando.

LEV. Pues, que diantre quieres que hagamos á nuestra edad?

TARG. Pensaba hacer la corte á las señoras...

LEV. Hum!. . muy malo es eso durante la digestión... Vamos, siéntate, ya tendrás tiempo después del té.

TARG. Porqué se ha ido tu mujer tan pronto?
LEV. Tenía que hablar con el Sr. de Simerose.
JUANA. (*Hablando con la Srita. Hackendorf...*) Entonces el Sr de Montégre...
HACK. Creyó por un instante enamorarse de mí, me hizo la corte, pero al cabo de pocos días desapareció sin decir una palabra. Por eso, sin duda estaba algo inquieto, al verme. Se figura quizás que estoy despechada... Se engaña: tendrá todas las cualidades que quiera, pero para mí tiene el defecto más horrible, y es que no me gusta.
JUANA. Entonces quién le gusta á V?
HACK. Nadie.
JUAN. Y el Sr. de Ryons?
HACK. De Ryons.
RYONS. (*Que ha oido su nombre.*) Señorita...
HACK. No, no le hemos llamado, hablabámos tan solo de V.
RYONS. Entonces me retiro.
HACK. Porqué? No decimos más que cosas en elogio suyo, pues iba á responcer á la Sra. de Simerose que es V. el solo hombre que conozco, que no ha pedido mi mano.
RYONS. Para qué? Para añadir un nombre más á su colección de rehusados? Gracias, ya sé que su señor padre quiere á un príncipe por yerno.
HACK. Ambición de padre millonario, encontrar un trono para su hija, sobre todo en Alemania, en donde hay tantos sillones que parecen tronos, pero, eso que importa?
RYONS. Qué? Admite V. también nobleza *de segunda*?
HACK. Naturalmente.
RYONS. A saberlo, no hubiera vacilado un instante en pedirla.
HACK. De veras? Aún está V. á tiempo
RYONS. Habla V. con toda formalidad?
HACK. Sí.
RYONS Cuando parte V?
HACK. El sábado.
RYONS. Y que hora es la destinada á las *peticiones*.
HACK. De dos á cuatro.
RYONS. Todos los días?
HACK. Todos, excepto domingos y días festivos.
RYONS. Pues bien. Mañana me pongo de frac y corbata blanca y voy á pedir su encantadora mano á su señor padre.
HACK. No se olvide V.
RYONS. Pierda V. cuidado. (*Se aleja diciendo por lo bajo á la señorita Hackendarf.*) Me voy porque la señora condesa me encuentra insoportable.

HACK. El Sr. de Ryons, pretende que le es á V. enojoso.

JUANA. Tiene razón: aborrezco á esta clase de hombres.

HACK. Pues á mí me sucede lo contrario.

MONT. (*Aproximándose á Juana.*) Tengo que darle un recado de parte de mi hermana Luisa. (*Señorita Hackendorf se separa y va á reunirse á Balbina.*)

JUANA. Y qué recado es ese?

MONT. (*Bajo.*) Ninguno; pero es preciso que aproveche esta ocasión para hablar con V. á solas un instante; no me ha prometido V. una entrevista para esta noche?

JUANA. (*Bajo.*) Diga V. que la ha exigido.

MONT. Puedo acaso exigir algo de V?

JUANA. Cuando se le escribe á una mujer lo que V. me ha escrito.

MONT. Podia V. dejar de contestarme como las otras veces.

JUANA. Y hubiera V. llevado á cabo su amenaza?

MONT. (*Firme.*) Sí.

JUANA. (*Conmovida.*) Se hubiera V. matado?

MONT. (*Alzando la voz á pesar suyo*) (*Ryons se apercibe.*) Esta noche!

JUANA. Hable más bajo... aparente hablar de cosas indiferentes... Que quiere V?

MONT. Quiero verla.

JUANA. Ya me vé.

MONT. A solas.

JUANA. Venga V. mañana.

MONT. Esta noche.

JUANA. Pero cómo?

MONT. Y si yo encontrara un medio?

JUÁNA. Veamos!

MONT. Aparento salir juntos con los demás y vuelvo al poco rato.

JUANA La reja del jardín estará cerrada.

MONT. No importa! Escalaré la tapia!

JUANA. No, por Dios!.. Sin embargo... (*Se detiene.*)

MONT. Sin embargo, qué?..

JUANA. De Ryons nos observa. Aléjese y vuelva. (*Se levanta, se aproxima al grupo que forman De Chautrin y Balbina mirando un estereóscopo.*

CHAN. (*Explicando á Balbina las vistas.*) Allí está Portici Castellamare y Sorrento; por aquí ha de estar el Vesubio siempre humeante.

TARG. (*A Leverdet.*) No habrá sido educado por su madre.

BAL. Ha visto V. alguna *irrupción*?

LEV. (*Sin dejar de jugar.*) Erupción!

BAL. Papá!

LEV. Se dice *erupción*!

BAL. Sí, papá!

LEV. (*Sin dejar de jugar*) Y no digas siempre: «Sí, papá»! Eres insoportable! Cuarenta!

CHANT. No, pero hubo una pocos días después de mi partida... Mas allá está Nápoles.

BAL. Oh! Que hermoso debe ser todo eso!

CHANT. Si; pero no para ir uno solo, sino acompañado de una persona á quien se ama. Yo fuí con mi madre, á quien los médicos recomendaron el cielo de Italia... Cuántos recuerdos despertarían en mí estos lugares. Ah! señorita? quê feliz es V. en conservar á su madre?

LEV. (*Sin dejar de jugar.*) Y á su padre también... 250...

HACK. De Chantrin...

CHANT. Señorita..

HACK. Está ahí mi coche?

BAL. Que hermosa es la señorita Hackendorf, verdad?

TARG. También tu eres hermosa, exceptuaddo la nariz, pero eso se arreglará con el tiempo.

BAL. Y porqué envía al Sr. Chantrin á buscar su coche? Es acaso pariente suyo?

TARG. No, pero quiere ser su marido.

BAL. Ah!

LEV. (*A De Ryons.*) Porque se frota V. las manos?

RYONS. Si encontrara V. el secreto del carbón de piedra... estaría V. satisfecho?

LEV. (*Sin dejar de jugar.*) Ya lo creo!

RYONS. Pues yo también he encontrado lo que buscaba.

TARG. Pero que diantre haces? cortas ó..?

LEV. Este charlatán tiene la culpa. Váyase á hablar con las mujeres. No sirve V. más que para eso.

RYONS. (*A la Hackendorf, sin perder de vista á Juana, que se ha levantado, ha permanecido algún tiempo cerca del piano, de la mesa de Leverdet y que luego ha vuelto al tete á tete.*) Me envían á que hable con V.

JUANA. (*Toca el timbre. De Montegre se acerca á Juana.*) Haga V. lo siguiente. (*Al criado.*) El té. En lugar de irse, entra V. en la antecámara y sin que nadie le vea, se introduce en mi cuarto tocador que está ahí detrás: cierra con llave la otra puerta y hace algún ruído en esta á fin de que yo comprenda que está V. en seguridad. No me moveré de aquí hasta que todos se vayan después de lo cual le abrire la

puerta... pero por cinco minutos solamente... Ahora váyase V... (*Alto*) Si escribe V. á su hermana, dígala que me tiene irritada por su tardanza en escribirme.

MONT. (*Alto.*) Ha estado muy enferma.

CHANT. (*A la Srta. Hackendorf, que se dirige hacia el grupo que forman Juana y de Montegre.*) Señorita, su coche acaba de llegar en este instante.

MONT. (*Alto despidiéndose.*) Adios, señora.

JUANA (*Alto.*) Hasta la vista

RYONS. (*A Juana despidiéndose también.*) Señora, tengo el sentimiento...

JUANA. (*Turbada.*) Cómo! Se vá V. también?

RYONS. Sí. Con el Sr. de Montégre. Dos antiguos camaradas como nosotros, tienen tantas cosas que decirse...

JUANA. (*Aumentando en turbación.*) Pero, Dios mío! esto es una deserción!

RYONS. Me hace V. el honor de retenerme, señora.

JUANA. Pues claro! Para quien cantaría Balbina su romanza, si todo el mundo se fuera! Un hombre como V es un juez precioso para ella... y luego... tengo que hablar con V. y muy seriamente. (*Al criado.*) Espérese V.

RYONS. Estoy á sus ordenes. (*A de Mantégre.*) Entonces hasta otra ocasión, ya sabe V. donde vivo: tendré sumo gusto en volverle á ver.

MONT. El gusto será mio. (*Saluda y sale.*)

ESCENA III

Dichos, menos DE MONTÉGRE

JUANA. (*Á Srta. Hackendorf.*) Como no quiero que nos deje V. aún, le confío el té.

CHANT. Me permite V. que la ayude?

HACK. Como V. guste.

JUANA. (*Al criado*) Qué espera V?

CRIA. Como la señora me dijo que esperase!

JUANA. No me acuerdo ya de lo que quería decirle... Puede V. retirarse. (*A de Ryons.*) Iba V á irse sin darme la explicación que me debe?

RYONS. Qué esplicación?

JUANA. La de aquella frase inglesa...

RYONS. Es verdad...

JUANA. Soy toda oidos.

RYOUS. Pues bien! ya que V. lo quiere, sepa que hay un secreto entre los dos.

JUANA. Entre V. y yo?

RYONS. Sí.
JUANA. Y que secreto es ese?
RYONS. Un secreto encantador.
JUANA. Veamos!
RYONS. Permítame desde luego, que le diga que este secreto le asegura en mí uno de sus más sinceros amigos, el más sincero probablemente!
JUANA. Pronto empeña V. su amistad!
RYONS. Cuando la casa es de confianza...
JUANA. Por desgracia, no puedo *fiarme* de un hombre á quien no conozco y que se vanagloria de despreciar á las mujeres...
RYONS. Que son despreciables...
JUANA. Entonces yo?..
RYONS. V. no tiene nada que ver con la vulgaridad de las demás. Es V. de naturaleza excepcional y de ahí la simpatía que siento por V. aún aparte de nuestro secreto.
JUANA. Volvemos otra vez...?
RYONS. No es este el momento más apropósito...
JUANA. Porqué?...
RYONS. Porque apenas escucha V. lo que la digo... Piensa V. en otra cosa... Está V. distraida, y porqué? Oh, mujeres! siempre son y serán las mismas Uno les habla del cariño, de la amistad en los términos más sinceros... Un simple ratoncillo se pone á escarbar el suelo y, adiós atención!
JUANA. No hay ratones en mi casa, caballero, puede V. creerlo.
RYONS. Es quizás una rata entonces, como en «Hamlet» porque no me negará V. que hay algo que mete ruído detrás de esa puerta... Escuche V.! (*se oye ruído.*)
JUANA. (*Turbada.*) Es verdad; debe ser mi perrito Azor que me reconoce y quisiera entrar... un verdadero amigo.
RYONS. (*Levantándose.*) Quiere V. que le abra? A gran señor... gran honor... me le presentará.
JUANA. (*Con precipitación.*) No! No!... No estoy aún segura de su amistad... Pruébeme V. que es mi amigo.
RYONS. Qué he de hacer para ello?
JUANA. Con sinceridad, está V. dispuesto á hacer todo lo que le pida?
RYONS. Sí; y por sacarla de un apuro, hasta lo que no me pida.
JUANA. Al instante?
RYONS. Sí.
JUANA. Pues bien! Deme V. aquel abanico.
RYONS. (*Llevándoselo.*) Y que más?

JUANA. (*Que ha tenido tiempo de dar un golpecito á la puerta.*) Nada más. He aquí todo lo que puede pedirse á la amistad de un hombre y sobre todo á la suya.

RYONS. Señora, me declara V. la guerra y es imprudente.

JUANA. No importa: acepto el peligro.

RYONS. Hará poco más de un año, partí de repente para Estrasburgo...

JUANA. Es el secreto?

RYONS. Sí!

JUANA. Por fin!

RYONS. «Había tomado el tren de las ocho. Estaba solo en mi departamento y el tren se disponía á partir, cuando una joven muy sencilla y elegante á la vez montó precipitadamente, se sentó en el primer rincón de la derecha, bajando con una encantadora mano la cortinilla de la portezuela mientras con la otra recogía en dos ó tres pliegues el velo sobre su rostro, con ánimo sin duda de ocultármelo... Precaución inútil, pues el velo era de gasa blanca, como polvo de mármol tejido, transparente para el que lo lleva, impenetrable para el que lo mira. Estaba visiblemente agitada, su mano jugueteaba febrilmente con la abrazadera del carruaje y sus diminutos pies impacientes, enlazados uno con otro se movían de contínuo, ya hacia adelante, ya hacia atrás, como si pretendieran contarse lo que sucedía en su casa... Es tan charlatan un pie de mujer! tan indiscreto!... A falta de otra cosa mejor, me prometí escuchar lo que dirían!

JUANA. (*Con indiferencia*) Es ya muy interesante la historia.

RYONS. No sabe V. señora lo que pasa por la imaginación de un hombre de mi edad, cuando se encuentra solo en un vagón con una mujer joven y hermosa! De donde vendrá esta mujer? Se pregunta. A donde irá? Es casada, viuda ó soltera? Ha amado? Ama? Sí! Qué mujer que viaja sola no ama ó ha amado? Forzosamente ha de haber un hombre en el mundo por quien su corazón late, sus ojos brillan, y sus manos tiemblan. Y qué tiene ese hombre de superior á los demás? Nada! es amado... Por qué no he de ser yo ese hombre? Es injusto, pero nada impide el que pruebe yo de ocupar su lugar... Y entre estas y otras reflexiones, ya nos tiene V. enamorados... sí, señora, enamorados... No se ría V!

el amor es una electricidad, y la electricidad, pregúnteselo V. al Sr. Leverdet, recorre 190.000 leguas por segundo, y además, es acaso preciso haber apurado todos los encantos, dudas y saciedades del amor, para poder decir que hemos amado? No. El amor es tan completo y más encantador aún en su parte que en su todo y puede sentirse por completo en el espacio de una hora, como las cualidades de un buen vino, pueden contenerse todas en un solo vaso... Esta es mi opinión, señora, y buscaba el medio de dársela á conocer á mi compañera, cuando observé que el famoso velo blanco, impelido por el aire, se levantó lo suficiente para dejarme admirar una garganta blanca como la nieve, una boca sonrosada, entreabierta lo bastante para dejar circular la respiración... y en medio de todo... dos lágrimas! dos verdaderas lágrimas! que caían cada una por su lado, temblorosas, indecisas, como si no supieran qué camino tomar sobre megillas de veinte años.

JUANA. Tenía esa joven veinte años?

RYONS. Sí, veinte años y lloraba... qué introducción!.. Había allí una historia, la eterna novela del amor desgraciado. Abrí mi cartera, una cartera especial hecha á mi gusto, que contiene todo lo que una mujer puede necesitar durante el viaje, desde los imperdibles, espejo y peine, hasta la aguja, hilo, dedal y botones de guante. Ya que la casualidad no puede hacerlo todo es preciso ayudarla en algo. Saqué un frasco de sales y sin decir palabra se lo tendí á mi compañera. Ante aquel movimiento, levantó los ojos, me miró un instante y luego, tomando el frasco me dijo: «Fhank you, sir.» *Zen qiú ser.*

JUANA. *(Con más atención.)* Ah! Era inglesa?

RYONS. No, pero es preciso precaverlo todo, y á ella le convino sin duda poner los acontecimientos á cargo de Inglaterra. ¡No! era una francesa. Cuando vió que hablaba inglés no pudo impedir una sonrisa y no sé que idea rápida, fantástica, que idea *mujer*, cruzó por su imaginación, pero vi su reflejo, sobre el velo, como se vé sobre el agua el reflejo de una ventana abierta en pleno sol. Me apresuré á hacer partícipe á mi compañera de mis suposiciones y solicitudes y poco á poco supe la verdad... Tenía delante de mí á una «Hermione» irritada contra el «Pirro» tradicional que en aquel

instante la olvidaba por otra «Andrómaca.» Para que la tragedia fuese completa solo faltaba un «Oreste.» Yo sabía su papel de memoria, como sé todos los de confidente, con algunas variantes según las necesidades de la escena, pues las costumbres han variado después de la toma de Troya, y además, de qué serviría el asesinato? no estaría suficientemente vengada, con que al encontrarse con el infiel, que se cree seguro de su impunidad pudiera decirle: «Te has arrojado en brazos de otra mujer, creyéndote que yo lo ignoraría, verdad?.., pues á ultraje secreto, venganza secreta! yo también he dicho á otro hombre que le amaba, con que, querido, estamos en paz.» He aquí como se castiga á un infiel y como «Pirro» fué castigado... Dos lágrimas, una sonrisa, una palabra de amor, arrebatada como un fruto por encima de la tapia del jardín de un ausente... un apretón de manos, un velo levantado durante un minuto... he ahí toda la historia y el secreto de mi indiferencia aparente. Desde hace un año, yo, el hombre fuerte, estoy silenciosamente enamorado de una desconocida. Juzgue V. mi sorpresa y mi alegría, cuando la ví á V. por primera vez, esta mañana. Aquel rostro que no hice más que entreveer, pero cuyos rasgos se grabaron de un modo indeleble en mi memoria, es el suyo. Parecido estraño, no es verdad?.. Creí por un instante ser juguete de un alucinamiento y la rogué pronunciara algunas palabras en inglés para cerciorarme de que la voz tenía el mismo parecido que el semblante... La misma voz!... Comprende V. ahora el porqué de mi amistad repentina hacia V? No es muy natural que hasta que encuentre á la que busco, ame á su imagen como á ella misma? Y será preciso añadir que hay momentos en que mi corazón se contentaría gustoso con el testimonio de mis ojos, y no podría impedir el caer rendido á sus piés diciéndola á V. que la amo desde hace un año, sino hubiera hecho á otra el juramento de no reconocerla sin su permiso?

JUANA. Ha concluído V. caballero?

RYONS. Sí.

JUANA. (*Con indiferencia.*) Es muy curioso, en efecto... Balbina!

BAL. Señora!...

JUANA. Cántanos tu romanza, que el Sr. Ryons está impaciente por oirla y retirarse.

TARG. (*A de Ryons.*) Supongo que no se quejará V. de nosotros?... no le hemos interrumpido un solo instante.

HACK. (*A Juana.*) Que tal? ha cambiado V. de parecer respecto al señor de Ryons?

JUANA. Si, mucho!.. (*Entrando Balbina empieza à cantar con voz temblorosa.*)
(*Tóquese una pieza al piano.*)
(*Hablado.*) Ay! Ay!

LEV. Que es eso? Se te ha descompuesto la fibra filarmónica!

JUANA. (*Corriendo hacia ella.*) Qué tienes, hija mía?

CHANT. Se encuentra mal...

BAL. Ay!

TARG. Ha comido demasiado...

HACK. Es un ataque nervioso.

BAL. Ay!

LEV. Hija mía! Tienen Vds. algún frasco de éter?... (*A la Srita. Hackendorf.*) Vea V. si en el tocador de la Condesa!... Hay allí tanto frasco!...
(*La Srita. Hackendorf, corre hacia la puerta detrás de la cual se halla escondido De Montégre; Juana, al verlo, se dirige hacia ella sin poder reprimir un movimiento de terror; de Ryons que ha notado el movimiento, se coloca entre la puerta y la Srita. Hackendorf y sacando de su cartera un frasco, lo entrega.*

RYONS. Este frasco bastará... lo cura todo! (*Juana lo mira y él lo mira á su vez, con ironía, apoyándose sobre el respaldo del canapé.*)

LEV. No será nada. (*A Juana.*) Ruego á V. me dispense...

JUANA. Soy yo quien tiene la causa de todo. El calor sin duda...

LEV. Vamos, arreglate y nos iremos ..

RYONS. (*Con intención.*) Pero esta niña tiene fiebre... el aire de la noche puede serle muy nocivo.

LEV. Sí, pero es preciso que nos vayamos de un modo ú otro.

JUANA. Porqué? No puede quedarse en casa? (*Mirando á De Ryons.*)

BAL. Sí, papá, quiero quedarme.

JUANA. Pues bien, hija mía, voy á mandar que te preparen una cama al lado de la mía. La señorita Hackendorf, te acompañará.

LEV. Que buena es V! Emilia vendrá á buscarla mañana.

JUANA. No! La llevaré yo misma. (*Leverdet, Balbina y la Srta. Hackendorf, salen por la izquierda.*)

CHANT. (*Saludando*) Señora!...

TARG. Hasta la vista condesa... Ruego á V. me permita venir mañana á enterarme de la salud de mi ahijada!

JUANA. Puede V. venir cuando guste, mi casa está á su disposición. (*Le dá la mano. De Chantrin y des Targelles, salen. A de Ryons, que se ha quedado el último, después de ver salir á todo el mundo.*) Adiós, caballero!

RYONS. Todavía no, Sra. Condesa.

JUANA. Qué quiere V. entonces?

RYONS. Quiero impedir que cometa V. uña imprudencia... hoy por lo menos... no puede V. abrir esta puerta á la persona que se oculta en ese cuarto, sín comprometerse... deje V. que yo la despida en lugar suyo... le prometo que nadie, ni yo mismo, la verá.

JUANA. (*Muy agitada.*) Abusa V. de un modo extraño de la situación.

RYONS. Por su bien, señora.

JUANA. Haga V. lo que le plazca!

RYONS. No hay que decir nada?

JUANA. (*Escribiendo.*) Entréguele V. esta carta.

RYONS. (*Tomándola.*) Gracias.

JUANA. Oh! Le ódio á V! (*Sale.*)

RYONS. (*Solo.*) Ya se arrepentirá! (*Con entusiamo.*) Es una mujer admirable! (*y luego cambiando de tono y dirigiéndose a la puerta donde está escondido de Montégre, con la carta de Juana.*) Ya estoy de lleno en mi papel de amigo!

TELON

ACTO TERCERO

En casa de la Condesa. La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

De Montégre, José.

Mont. Sigue mejor la Srita. Balbina?
José. Sí, señor. La Señorita ha dormido y en este instante está de paseo con la Sra. Condesa.
Mont. Puedo esperar aquí?
José. Sí, señor. (*Sale.*)

ESCENA II

Juana, De Montégre

Mont. Ah! Por fin!...
Juana. Le he visto entrar á V. en casa...
Mont. Oh, Juana!...
Juana. Tenga V. cuidado, pueden entrar, y...
Mont. Ah! pero es necesario que la diga á V. lo feliz que soy en este instante.
Juana. Dígamelo V. de más lejos.
Mont. No se ría V.
Juana. Si no me río .. bien al contrario, estoy muy inquieta por lo de anoche.
Mont. Y yo? No adivina V. qué tropel de ideas cruzó por mi imaginación cuando ví abrirse esta puerta y en medio de la oscuridad oí estas palabras: «Caballero, no me responda V., no quiero conocer ni su voz, ni su rostro. La Sra. de Simerose, me encarga le diga que le es de todo punto imposible recibirle esta noche á

causa de una repentina indisposición de la Srita. Balbina. Tome V. este billete y sígame. Subiré en mi coche sin volverme.» Una mano me entregó una carta, obedecí... y el Sr. de Ryons... me guió hasta la puerta de salida: subió en su coche y desapareció. Me conoce? No lo sé... Oh! Con qué gozo leí su billete al encontrarme solo!... Creí estar soñando! Pero no! Era real y verdadero y lo tengo guardado aquí, como un latido de mi corazón... Es posible que tanta felicidad quepa en tan poco espacio? Tres ó cuatro palabras escritas de su mano sobre un trozo de papel y el mundo ha cambiado de aspecto para mí! Oh! Cuánto la amo á V!

JUANA. Más bajo!

MONT. Pero, dígame V., como es posible que el señor de Ryons... porque V. no le conocía más que del día anterior, no es verdad?

JUATA. En efecto.

MONT. Me lo jura V ?

JUANA. Cómo si lo juro! No basta con que lo diga?

MONT. Es que anoche mismo tuve con él una conversación bastante extraña, en que me dijo, que sin que yo lo supiera, era amigo de una persona...

JUANA. Que no tiene nada que ver conmigo.

MONT. Perdón .. es el resto de mis temores de anoche... Pero entonces, cómo es nuestro confidente?

JUANA. Por la sencilla razón de que no hubo otro remedio Impidió, muy acertadamente, que la Srita. Hackendorf, abriera esta puerta. Sin él estaba perdida, pues toda la sangre se me heló en las venas, al verla dirigirse hacia aquel lado.

MONT. Sabía que yo estaba allí? ..

JUANA. Sin duda!

MONT. Quien se lo dijo?

JUANA. De fijó que no fuí yo!... V. sin duda, llevado de la conversación!

MONT. Puede V. creer?...

JUANA. Entonces lo adivinó: me hablaba V. demasiado alto. De Ryons se apercibió de mi turbación y descubrió nuestro secreto. Quiso encargarse absolutamente de V... qué hacer? Acepté su ofrecimiento y previendo que las explicaciones verbales que él podría darle, no le bastarían, escribí esta carta que le hace á V. tan dichoso y que contiene más de lo que yo quería decirle.

MONT. Se arrepiente V. ya?
JUANA. No me arrepiento de nada, pero donde está?
MONT. El qué?
JUANA. La carta!
MONT. Aquí.
JUANA. Démela V!
MONT. Para qué?
JUANA. Para volverla á leer.
MONT. Pero me la devolverá V?
JUANA. Sí.
MONT. No me engaña?
JUANA. (*Cambiando de tono.*) No quiere V. dármela?
MONT. Oh! Sí! Aquí está!
JUANA. (*Leyendo.*) «Venga V. mañana, deseo verle.»
MONT. Oh! Ya era tiempo de que esta esperanza llegara á reanimar mi espíritu abatido... Había llegado al colmo de mis fuerzas... Si V. supiera la penosa existencia que he arrastrado desde su partida!.. Estaba loco! Cuántas veces al ir por la calle y tropezar con uno de esos hombres que llevan la alegría pintada en el rostro, le he interpelado diciendo: «Con qué derecho te ríes cuando yo sufro?» He querido amar á otras mujeres... las más bellas, las más irresistibles parecían espectros al lado suyo... Su imágen no se apartaba un momento de mis ojos. Entonces me encerraba en mi cuarto y allí, solo, apoyado en mi ventana, permanecía noches enteras contemplándola. Otras veces alentado por la esperanza, esta inseparable compañera del hombre, la escribía á V. y esperaba en vano una respuesta que nunca llegaba... Porqué se marchó V.
JUANA. Para acompañar á mi madre á quien los médicos aconsejaron el cambio de clima.
MONT. Es esa la verdadera causa de su partida?
JUANA. Sospecha V. de alguna otra?
MONT. No ha amado V. nunca?
JUANA. Porqué me lo pregunta V?... Cuando me fuí de París le había visto solo dos ó tres veces en casa de su hermana. No me había V. dirigido la palabra, ni siquiera me había sido presentado. De ningún modo podía V. ser un obstáculo á mi partida, puesto que no tenía la más leve sospecha de su amor. Me escribió V. y al principio no hice caso de sus cartas, pero poco á poco, en medio del silencio de mi solitaria vida, las leí por segunda vez... imaginé que había en el mundo algún ser que me amaba y su nombre no fué del todo ageno á mis pensamientos. Entonces me interesé por V. y sentí

como una necesidad de volver á París... Así estaba cuando recibí su última carta. Me decía V. en ella que estaba resuelto á todo, hasta á la muerte, sino me veía dentro de ocho días... La muerte! También había yo pensado en ella algunas veces... Hice lo que V. me pedía y desde entonces los acontecimientos me han conducido más lejos de lo que quería. Sin embargo, no me arrepiento de nada, pero es preciso que no me dirija V. tantas preguntas. Nunca he obrado mal más que en estos instantes. Guíese V. de este principio y procure convencerme... Quiero amar y ser amada: es V. el solo hombre á quien he dirigido estas palabras, mas como tengo una naturaleza superior á todo dominio, le prevengo á V. que no permitiré jamás que un hombre á quien ame, dude de mí por segunda vez... Tengo mis ideas sobre el amor... Busque, indague, comprenda, no deseo otra cosa! Conque ya está V. prevenido!.. Haré caso omiso de lo que me ha dicho hasta ahora. Principie V. de nuevo!

MONT. Y, qué quiere V. que la diga?... La amo á usted con todas las inquietudes, curiosidades y terrores del amor verdadero y la he amado... así desde el primer instante en que la ví. No cree V. en el amor instantáneo? Hay momentos en que quisiera no haberla dejado á V. ni un solo momento y poder vivir eternamente á sus piés .. La amo á V. en el presente, porvenir y hasta en el pasado. Tengo celos no solo del hombre cuyo apellido lleva, porque ha gustado de una felicidad que me estaba reservada á mí solamente, sino de todos los demás hombres que tienen el derecho de mirarla y de hablarla: estoy celoso, en fin, de su madre, de sus amigos, de sus pensamientos, de todo lo que no se refiere á mí, en una palabra; quien no ama así, no ama!

JUANA. Eterna profanación del amor! Amar á una mujer con la duda en el fondo del corazón!... por qué no aborrecerla desde luego?... Cuando habré respondido á todas sus preguntas y se habrá convencido de que soy una mujer honrada, entonces, me pedirá V que deje de serlo para probarle que le amo... Qué espera V. de mí? no estoy casada? Puedo acaso ser su mujer? qué esperanza le ha hecho concebir esta carta? cree V. que vamos á partir juntos y buscar la felicidad en la deshonra y la igno-

minia; que voy á transigir con mi conciencia? ó pretende V. acaso que siguiendo los consejos de mujeres de experiencia abra las puertas de mi casa á mi marido y me revista para encubrir mi falta, de todos los engaños, mentiras é impudores de la adúltera? Es esto lo que llama V. amar? No hay otras mujeres para esta clase de aventuras? Oh! si yo fuera hombre, á la mujer á quien amara, procuraría colocarla en el santuario de mi corazón y sobreponerla á la humanidad entera. Cuando se le dice á una mujer *te amo,* no encierran por ventura estas dos palabras en sí solas, todos los respetos, lealtades y protecciones? No es acaso lo mismo que decir: «Te considero como la más digna de las mujeres. Olvidemos la tierra, supongamos el cielo, pongamos de común acuerdo nuestros pensamientos, alegrías, dolores aspiraciones y lágrimas. Procuremos que en este comercio inmaterial de nuestras imaginaciones y almas, la mirada sea siempre noble, la emoción siempre pura, la expresión siempre casta, la conciencia siempre libre. Y si los hombres sospechan de nuestra intimidad, y la calumnian, dejémosles y perdonémosles, que no pueden ver ni comprender lo que pasa entre nosotros. He aquí el sueño que me he forjado durante seis meses de soledad y reflexión, asociándome á usted *algunas veces*... Busque V. el medio de que este sueño se realice y le abriré las puertas de mi corazón, mas, no espere V. lograrlo de otro modo!

MONT. Y qué me importa del modo con que he de amarla, con tal de que la ame!... Sí, sí! Creo todo lo que V. me dice!... creo que hay otro amor, quiero conocerlo y conocerlo por V. y para V. Tiene V. razón, estas manos, que han estrechado manos impías, son indignas de tocar las suyas... Esta boca que ha proferido maquinalmente todas las palabras del amor profano, es indigna de pronunciar su nombre divino... Seré el confidente de sus pensamientos, el amante de sus sueños, el esposo de su alma... Me sacrificaré, inmolaré en mí, se lo prometo, todo lo que no sea digno de V., la veré de cuando en cuando, me hablará usted como á un extraño, me mirará como á un indiferente, y yo, al despedirme, llevaré conmigo la llama de sus ojos y el eco de su voz, con lo que viviré semanas enteras en el fondo de

algún retiro solitario. Cuando creeré haber realizado un ensueño, volveré á oirla y á verla. El mundo, el tiempo y el espacio podrán colocarse entre nosotros sin separarnos y sin envilecer este amor que no tendrá necesidad ni de la voz para manifestarse, ni de la forma para convencerse! Ya lo vé V! la amo sobre todo lo humano y no me atrevería ni á tocar siquiera uno de los pliegues de su vestido.

JUANA. Oh!, sí! Si llegara V. á realizar este ensueño le adoraría! (*Se oye llamar.*) Quién?

CRIA. (*Dentro.*) Señora...

JUANA. Entre V. Porqué llama V. antes de entrar?

CRIA. Como que en casa de la Sra. de Leverdet tenía orden de hacerlo...

JUANA. Pues es necesario que pierda V. esta costumtumbre... Qué hay?

CRIA. El Sr. de Ryons pide permiso para entrar.

JUANA. Que pase! (*Sale el criado.*) (*A de Montégre.*) Tengo que excusarme con él... déjenos V. un instante... Más vale que no le vea en este momento... Vuelva dentro de algún rato y cuando esté solo con él, le dice... lo que crea necesario... la verdad... Es lo mejor. A qué mentir? (*De Montegre sale por un lado y de Ryons entra por otro.*)

ESCENA III

Juana, de Ryons

JUANA. (*Yendo á de Ryons y tendiéndole la mano.*) Porque no entra V?

RYONS. No sabía si me estaba aún permitido el honor de presentarme en su casa.

JUANA. No me dijo V. que era mi amigo? No me lo ha probado.

RYONS. Entónces, ya no me odia V?

JUANA. Yo no odio á nadie. Ha penetrado V. violentamente en mi amistad, pero de un modo útil y satisfactorio para mí. Ya que está V. en ella no se mueva. Le estoy muy agradecida por los servicios que me ha prestado.

RYONS. Parece V. hoy muy dichosa.

JUANA. En efecto, empiezo á creer en la felicidad.

RYONS. Entonces, permítame V. que le ofrezca este regalito. (*Le entrega una cajita de cartón.*)

JUANA. Qué es eso?

RYONS. Es una cosa que le ruego acepte en recuerdo mío. Nunca sabe uno lo que puede suceder.

JUANA. Un velo blanco.. El de aquella joven?
RYONS. No! Ni siquiera el velo me dejó; pero, veamos! Cree V. serme deudora de algún favor?
JUANA. Oh! sí!, de muchos.
RYONS. Qué haría usted para probarme su agradecimiento?
JUANA. Todo lo que la amistad permite, como me decía V. ayer tarde
RYONS. Pues bien; póngase un instante este velo.
JUANA. Pero, es verdad que me parezco tanto á esa joven?
RYONS. De un modo extraño.
JUANA. *(Poniéndose el velo.)* Así?
RYONS. Levántelo V. un poco.
JUANA. Así?
RYONS. Sí: ahora para convencerme es preciso que me diga rotundamente que no era V.
JUANA. Quién?
RYONS. La que iba á Estrasburgo.
JUANA. Otra vez?
RYONS. Esto no es responder.
JUANA. *(Rotundamente.)* Pues bien! Le digo á V. que no.
RYONS. Sea! No hablemos más de ello, hasta que usted por sí misma me lo pida.
JUANA. Cree V. que voy á pedírselo?
RYONS. Estoy segurísimo.
JUANA. Cuando?
RYONS. Bien pronto.
JUANA. Porqué?
RYONS. Porque es infalible. Soy el diablo; no se acuerda V. ya?
JUANA. Ah! Sí! Es verdad! V. perdone.
RYONS. Entretanto prométame que si alguna vez tiene V. que hacer algún viaje misterioso, se pondrá este velo para que algo mío la acompañe.
JUANA. *(Sonriendo.)* No creo tener que hacer ninguno. Sin embargo, si llegara el caso, haré lo que V. desea.
RYONS. Me lo asegura V?
JUANA. Se lo aseguro.
JOSÉ. *(Anunciando.)* El Sr. de Montégre.
RYONS. *(Aparte.)* Que listo es el hombre!
MONT. *(Entrando.)* Me he tomado la libertad, señora, de venir á enterarme de la salud de la señorita Balbina.
JUANA. Mil gracias en su nombre. Sigue mejor; acabamos de dar un paseo juntas; voy á ver si puede recibirle, puesto que hoy es la señora de la casa. Le dejo á V. con el Sr. de Ryons, su amigo, de cuya agradable compañía le privé ayer. *(Sale.)*

ESCENA IV

De Ryons, Montégre

Mont. Venga esa mano!
Ryons. Con sumo gusto.
Mont. Es inútil prolongar el misterio de ayer tarde, no es verdad? Yo soy el que hizo V. salir de esta casa.
Ryons. Ah!...
Mont. No lo sospechaba V.?
Ryons. Sí... lo sabía antes de abrir la puerta.
Mont. Entonces, porqué aparentaba V. ignorarlo?
Ryons. Porque no sabía si sería de su agrado el que lo supiera.
Mont. Al contrario, amigo mío, deseo que lo sepa V. y ahora mismo voy á darle una explicación, para que no imagine V. más de lo que hay.
Ryons. Como V. guste!
Mont. Pero, como diantre sabía V. que yo estaba allí?
Ryons. No era muy difícil de adivinar!
Mont. No comprendo cómo!...
Ryons. Durante la comida, observé que miraba usted á la Condesa como un hombre verdaderamente enamorado. Mientras fumábamos Des Targettes y yo, le ofrecí un cigarro, que V. rehusó á pesar de ser bien reconocida su fama de fumador. Entonces me dije: «Este hombre tiene una cita con alguna mujer esta noche.» Defendió V. calurosamente á la Sra. de Simerose, á pesar que nada se dijo que pudiera ofenderla y después de haber hablado con ella por lo bajo, hizo V. ademán de retirarse; quise acompañarle pero la condesa me retuvo, de lo que inferí que no quería se supiera adónde V. se dirigía: mientras hablaba con la condesa, oí ruído detrás de la puerta... «Es la señal,» me dije; «de Montégre está escondido.
Mont. Perfectamente discurrido; pero como no quiero que haga V. suposiciones que traspasen los límites de la verdad, voy á explicarle...
Ryons. El qué?
Mont. Hombre! Lo que pasó...
Ryons. Y vá V. á tomarse el trabajo de contármelo todo?
Mont. Sí! Cuando el honor de una señora está interesado, no debe perdonarse medio alguno de

que este quede intacto. No se trata ya aquí de Enriqueta... Sepa V., pues, que no he sido ni soy, ni seré el amante de la Sra. de Simerose.

RYONS. De veras! Me alegro!

MONT. Por qué?

RYONS. Porque entonces podré hacerla la corte.

MONT. Se engaña V.! Porque esto no impide el que la ame con todo mi corazón! (*p*)

RYONS. Y ella le corresponde?

MONT. Quizás!

RYONS. Como no se explique V. mas claro.

MONT. No puede uno amar y ser amado de una mujer sin que este amor puro se manche para nada con lo mundano?

RYONS. Ah! Sí, es verdad! .. El amor puro... abstracto... absoluto .. la quinta esencia de los enamorados... veintiocho mil francos el frasco, como el alcohol de Leverdet.

MONT. Ríase V. tanto como quiera! Soy dichoso!

RYONS. Es V. quien se ríe de mí. V. amar platónicamente! Un caballo fogoso uncido á un arado! Vamos, hombre, vamos! Se ama platónicamente á una reina, á una religiosa... pero este amor se guarda en el fondo del corazón. Desde el momento que se manifiesta por palabras humanas se envilece y se evapora... Es V. sincero?

MONT. Sí!

RYONS. Entonces parta V. lejos, muy lejos, de aquí!

MONT. Dios me libre!

RYONS. Pues bien! Dentro de ocho días habrá V. manchado este amor, hoy tan puro!

MONT. Y por qué?

RYONS. Porque hay leyes invariables que no está en nuestro poder el cambiar. El hombre, tiene un alma, un espíritu y un cuerpo Si no ama más que con el alma, que no se dirija á una criatura terrestre, que vaya derecho á Dios, fuente de toda la pureza y verdad: que sea un San Agustín, ó un San Vicente de Paul, y dé á los hombres un gran ejemplo que seguir. Si no ama más que con la imaginación. que sea un Dante, un Tasso, ó un Petrarca; que se dirija á una criatura imaginaria ó insaciable como Laura, Leonor ó Beatriz, y describiendo su amor en rimas deje á la posteridad una obra maestra. Si no ama más que con el cuerpo, entonces que no se forje ilusiones que haga estallar este amor pagano sobre las mejillas de la mujer que ama, como esas hojas de rosa que en forma de burbujas hacen estallar

los niños sobre sus manos. Esto produce un ruído agradable, pero no contiene nada absolutamente. Para producirse el amor tal como Dios lo quiso es preciso que haya armonía entre el cuerpo, el alma y el espíritu. No pretenda pues darme á entender, que á su edad, vá V. á pasarse la vida en la adoración perpétua de una mujer... ó no tengo más que decirle una palabra y le hago temblar de pies á cabeza á V. y á su amor puro.

MONT. (*Con espanto.*) Qué!... qué dice V!... Qué palabra es esa?

RYONS. Ama V. pura y castamente á la condesa?

MONT. Sí?

RYONS. Pues cierre V. los ojos un momento... Ve V. esa sombra que se interpone entre V. y ella riéndosele en sus narices?... Es el marido.

MONT. Oh! No me hable V. de eso!

RYONS. Créame V., parta!... No quiere V.? Entonces no será mía la culpa.

ESCENA V

Los mismos; DE SIMEROSE

SIM. Dispense V., caballero: la Sra. de Simerose?

RYONS. Está V. en su casa, caballero...

SIM. Un criado me dijo que encontraría á la Señora condesa en este salón...

RYONS. La Sra. condesa está en el comedor, con la Señorita Balbina. Puedo prevenirla de que está V. aquí, si gusta.

SIM. Ya que es V. tan amable...

RYONS. Quien diré...?

SIM. El Sr. de Yssomere; vengo por una finca que la Sra. condesa desea vender. Me he dirigido á su notario pero es preciso que me entienda con ella misma y con ella sola. (*Ryons saluda*). Ya me dispensarán Vds.

RYONS. Aquí llega la Condesa. Se queda V...?

MONT. Sí, un momento.

ESCENA VI

DE MONTÉGRE, DE SIMEROSE, JUANA

JUANA. (*Entrando; á Simerose con admiración.*) V. señor conde!

SIM. (*Con dignidad.*) Yo mismo, señora condesa!

JUANA. Porqué se ha hecho V. anunciar bajo un nomore falso?

SIM. Porque después de lo sucedido ayer, no me hubiera V. quizás recibido bajo mi nombre verdadero.

JUANA. (*Presentándoles mútuamente.*) El Sr. de Montégre... El Sr. de Simerose, mi marido...

MONT. (*Confuso.*) Con su permiso, me retiro...

JUANA. Espero verle pronto, sin embargo. (*De Montégre saluda y sale.*)

ESCENA VII

JUANA, DE SIMEROSE

JUANA. Le escucho á V. caballero!

SIM. Por de pronto, le ruego me dispense la molestia involuntaria que le he causado aceptando la invitación de la Sra. de Leverdet. Ignoraba completameute la posibilidad de su vuelta. No conocía á esa señora, pero se empeñó vivamente y consiguió que le fuese presentado. Me habló de V. como de una íntima amiga y me hizo entrever la esperanza de una próxima reconciliación. (*Movimiento de Juana.*) No ha conseguido lo que se proponía... No tengo necesidad de decirte cuanto lo siento

JUANA. Me es muy sensible tener que manifestarle que hoy todos sus proyectos de reconciliación son imposibles. Porqué no ha procurado usted exponerlos antes?

SIM. Por una razón muy sencilla; por de pronto, estaba V. muy irritada contra mí, y si se hubiera sometido la cuestión á un Tribunal de hombres y aún de mujeres, hubiera tenido muchos votos en mi favor.

JUANA. Caballero...

SIM. Luego era V. mucho más rica que yo; mi delicadeza estaba comprometida y V. hubiera podido creer, sobre todo en la disposición de ánimo en que V. se hallaba respecto á mí, que se trataba de un cálculo de interés.

JUANA. Y hoy?..

SIM. He perdido un pariente lejano y su herencia me hace tan rico como V.; mi corazòn puede expresar con toda sinceridad lo que siente. (*Pausa.*) Esto no cambia en nada su resolución. No me queda entonces más que comu-

nicarla mi decisión y pedirla un servicio... Sepa V. que estoy decidido á irme de Europa...

JUANA. Por mucho tiempo?

SIM. Para siempre: la posición ambigua que nuestra separación me ha creado, la necesidad en que me encuentro de responder, siempre que me lo preguntan, que es V. la mujer más honrada del mundo y lo será V. siempre para mí, y el tener que confesar que soy el único culpable de una falta, *que causa la risa de todos los que la conocen* y que á pesar de todo, considero como un crímen, me colocan, como digo, en una situación tan falsa y ridícula que hubiese deseado terminase con una reconciliación pública. V. no lo ha querido... No hablemos más de ello, pero concédame á lo menos el derecho de pensar en mi dignidad, y de no humillarme por más tiempo. He resuelto, pues, partir... sea V. felíz, se lo deseo de corazón y V. se lo merece.

JUANA. Caballero...

SIM. Tranquilicese V., señora; no vengo á conmover su corazón. Vengo solo porque siento como una necesidad de despedirme de V. antes de expatriarme y porque, como dije antes, necesito de un servicio que no dudo me será concedido, en cuyo caso supongo no dudará V. de mi honor y abrigará la completa seguridad de que cualquier otro que pida V. de mí, cifraré *mi mayor gloria* en concedérselo. (*Pausa.*) Puedo augurar de V. un resultado semejante?

JUANA. Sí! (*Pausa.*)

SIM. Sin embargo, si por motivos que desconozco se ve V. en la imposibilidad de obrar sin el consentimiento ó consejo de algún pariente ó amigo, le suplico me lo manifieste... Me evitaría V. el tener que proseguir y rogarla el más absoluto silencio.

JUANA. Hasta para con mi madre?

SIM. Hasta para con ella, porque no me ama á mí y la ama á V. demasiado; bien lo ha dejado traslucir en su manera de aconsejarla respecto á mí.

JUANA. Hable V., le escucho.

SIM. Esto me basta; ya sé que no tengo necesidad de pedirle á V. ni juramento ni protesta. He aquí de lo que se trata: me intereso vivamente por un niño demasiado joven aún para que lo lleve conmigo: no tiene padre ni madre: soy su único sostén. Que triste entrada en este mun-

do, en donde se necesita de tanto cariño y protección! Me sería muy doloroso al partir tener que dejarlo á cuidados puramente mercenarios. Tiene cerca de tres años... Es muy inteligente y gracioso... (*Pausa.*) Quiere V. interesarse por èl... ir á verle de cuando en cuando... ser, en fin, su protectora?

JUANA. Sí!

SIM. Si más tarde lo creyese V. digno de un afecto serio y contínuo .. lo tomaría V. consigo? Si es necesario que ame V. algo no puede usted cruzar el penoso camino de la vida, sin deponer su afecto sobre alguien. Lo mismo le será *éste* que cualquier otro... luego es *una buena acción*... Si volviese de mis excursiones dentro de cinco ó seis años... Durante este tiempo pueden suceder tantas cosas, que será muy fácil buscar la manera de educarlo entre los dos, hasta por separado y hacer de él un hombre. Si no volviese... adóptelo usted si el pobre lo merece y está V. en condiciones para ello. Se harán algunas suposiciones pero entónces, qué poco se cuidará V. de ellas! En todo caso, le doy mi nombre por testamento, y le hago á V. depositaria de toda mi fortuna. El niño está en el campo en casa de la familia cuya dirección encontrará usted en esta carta. (*Le dá una carta.*) En ella le confiero además plenos poderes sobre el niño. Vá firmada por el nombre que tomé hace poco y que no es más que el anagrama de mi nombre verdadero La familia en cuestión está informada de que es muy probable vaya una señora á ver al niño y llevárselo: son discretos: V. les recompensará sus cuidados y recibirá V. mil bendiciones... Conque... Acepta V?

JUANA. Sí, y le agradezco su confianza.

SIM. Parto mañana: si de aquí á entonces tiene usted algo que decirme, vivo en mi antigua habitación de soltero. Me permitirá V. que le escriba alguna vez pidiéndole noticias de Ricardo? Es el nombre del niño.

JUANA. Se llama lo mismo que V?

SIM. Lo mismo

JUANA. Pues bien! Tendrá V. á menudo noticias suyas.

SIM. Mil gracias! Hasta la vista Condesa... es decir... Adios!

JUANA. Adios, caballero. (*Sale el conde.*)

ESCENA VIII

JUANA, DE MONTÉGRE, *que entró un momento después de salir el Conde*

MONT. Y bien?
JUANA. (*Examinándole*) Donde estaba V?
MONT. Como me autorizó V. ayer tarde...
JUANA. Ayer tarde, pero no hoy...
MONT. Perdón... no creía contrariarla en ello... A qué ha venido su marido?
JUANA. A hablarme de negocios y á entregarme papeles de interés.
MONT. Con qué propósito?
JUANA. Parte...
MONT. Por mucho tiempo?...
JUANA. Para siempre, sin duda.
MONT. Entonces, á qué esta turbación?
JUANA. No esperaba su visita... me ha afectado.
MONT. Y á mi también. Cuando pienso que ha podido V. amar á ese hombre!...
JUANA. Oh! Nunca!.... (*Va á hablar y se detiene.*)
MONT. Qué iba V. á decir...?
JUANA. Nada... más tarde... Adios!
MONT. Qué? me despide V?... Le molesta acaso mi presencia?
JUANA. No... pero tengo necesidad de reposo y soledad...
MONT. Dígame V. que me ama... Juana!
JUANA. Sí, le amo: pero déjeme V. sola!...
MONT. Hasta mañana.. ! (*Juana hace un signo afirmativo con la cabeza. De Montégre sale. Juana va á la ventana y lo vé alejarse: le hace un signo con la cabeza que podria tomarse como afectuoso. Vase á la mesa en donde están los papeles que su marido le ha dejado. Lee la carta y luego la deja sobre la mesa: se entera de la dirección, reflexiona un instante, y luego vá para llamar. Se detiene, nueva reflexión: se vuelve, toma el sombrero; se lo coloca delante del espejo y se dirige hacia la puerta del fondo para salir. En el momento en que llega de Ryons, entra por la izquierda, toma el velo de gasa de encima de la mesa y dice:*
RYONS. Condesa, se olvida V. de ponerse el velo...
JUANA. Es verdad; puede servirme... (*Toma el velo.*)
RYONS. Todo el mundo debe ignorar á donde V. se dirige?

JUANA. Sí.

RYONS. Hasta...

JUANA. Todo el mundo.

RYONS. Entonces es preciso tomar ciertas precauciones...

JUANA. Porqué?

RYONS. De Montégre la está espiando á V!

JUANA. Oh, no! de Montégre es incapaz!. .

RYONS. (*Conduciéndola á la ventana.*) Ve V. aquel hombre que se oculta detrás de aquellos árboles? Es él!

JUANA. Nunca hubiera creído de él semejante acción!..

RYONS. (*Aparte.*) Pues yo precisamente contaba con ella.

JUANA. (*Después de haber reflexionado.*) Qué debo hacer?

RYONS. Sube V. en mi coche que está dispuesto y se hace conducir al boulevard Wagram, número 67; es un hotel recientemente construído; manda al cochero de antemano que se vaya dentro de media hora; llama V., entra y pasando por el patio sale por la otra puerta que da á la calle de las Damas. Allí encontrará V. dispuesto su coche que voy á mandarle inmediatamente, sube y se hace conducir donde la convenga. (*Juana vá para irse.*) Ah! Si toma V. el ferrocarril, el *reservado* para señoras.

JUANA. Gracias!

RYONS. (*Mirando por la ventana.*) El coche parte... de Montégre se pone en su seguimiento... y á pié! Ja! ja! ja! Hay hombres que cuando están enamorados se parecen á los galgos corredores... Creen cazar por su cuenta y no hacen más que conducir la liebre al alcance del fusil del cazador... Bueno! Pues cazaremos!!!

TELON

ACTO CUARTO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

SRA. LEVERDET, JOSÉ

SRA. L. (*Entrando con José.*) Ha salido la condesa?
JOSÉ. Sí, señora.
SRA. L. Tardará mucho en volver?
JOSÉ. No lo creo: eran las doce cuando se fué y son ya las cuatro.
SRA. L. Sabe V. porqué ha salido?
JOSÉ. No ha dicho nada al irse la Sra. Condesa.
SRA. L. Y mi hija?
JOSÉ. En el jardín.
SRA. L. Sola..?
JOSÉ. Sí, señora!
SRA. L. Me extraña... la Condesa.. No ha llegado todavía su madre?
JOSÉ. No, señora.
SRA. L. Entonces debe haber ido á recibirla.
JOSÉ. Tal vez!..
SRA. L. Y su tío, ha llegado ya?
JOSÉ. No, señora.
SRA. L. Pero se le espera de un momento á otro?
JOSÉ. Su habitación está dispuesta...
SRA. L. Acompañó á la Condesa, durante su viaje por Italia, no es verdad?
JOSÉ. No puedo decírselo á la señora... pues ignoraba hasta que hubiese viajado por Italia...
SRA. L. Pero como puede V. ignorarlo siendo de la casa?
JOSÉ. Muy sencillamente; la Sra. Condesa partió sin decirme á donde se dirigía...
SRA. L. Sí, pero su doncella fué con ella, y como es natural, debió decirle á V..?

JOSÉ. Nada, señora.
SRA. L. Qué es eso, José? Se le ha aguzado á V. el ingenio desde que dejó mi servicio?
JOSÉ. Bien lo sabe la señora: por esto precisamente me despachó. (*Sale.*)

ESCENA II

SRA. LEVERDET, DE MONTÉGRE

MONT. Está V. sola?
SRA L. Sí; pero que tiene V? Está V. pálido!
MONT. Oh, señora! Soy muy desgraciado.
SRA. L. Ya? Qué le pasa á V?
MONT. Necesito de toda su amistad.
SRA. L. Qué? No le ama acaso la Condesa, le rechaza?
MONT. Peor que eso: me engaña.
SRA. L. Tiene V. ya derecho á ser engañado?
MONT. Sí, y no...
SRA. L. Durante seis meses me ha ido V. poniendo al corriente de todo lo que sucedía entre V. y la Condesa, pero desde ayer no sé una palabra.
MONT. Tuve una entrevista con ella...
SRA. L. Y en esta entrevista?..
MONT. Me hizo entrever que podría amarme...
SRA. L. Pues por primera entrevista es muy suficiente... Si no es más que eso...
MONT. Ya verá V!.. Estaba aquí con el Sr. de Ryons, cuando...
SRA. L. Ha venido De Ryons hoy á verla?
MONT. Sí, vino á enterarse de cómo seguía su hija de V.
SRA. L. Se lo agradezco.
MONT. A propósito, como sigue?
SRA. L. Bien, bien...
MONT. Me perdona V. el no habérselo preguntado antes?
SRA. L. Sí, hombre, sí; contínúe V.
MONT. Pues bien! Estaba yo allí, cuando llegó su marido...
SRA. L. El Conde?
MONT. Se hizo anunciar bajo un nombre falso.
SRA. L. Hizo bien. La Condesa no quiere oír hablar más de él... y asistió V. á la entrevista?
MONT. No, pero después me quedé á solas con ella.
SRA. L. Y que quería?
MONT. No sé!
SRA. L. Ahora recuerdo que tenía que ver á mi esposo para entregarle ciertos papeles... Habrá

querido sin duda proyectar una nueva reconciliación.

MONT. Y hablarle de asuntos de interés, según me dijo ella...

SRA. L. Y qué?

MONT. Que cuando me vió me dijo tenia necesidad de reposo y de soledad; que aquella visita la había emocionado.

SRA. L. Es muy natural!

MONT. Entonces la dejé, pero no sé que instinto secreto, que presentimiento me decia «no te alejes de esta casa.»

SRA. L. Que presentimiento tan curioso!.. siempre le dice á V. lo mismo.

MONT. Desgraciadamente, esta vez no me ha engañado, pues al cabo de un cuarto de hora, la ví salir con el rostro cubierto de un velo blanco...

SRA. L. Es extraño! No acostumbra llevarlo.

MONT. Seguí el coche...

SRA. L. A pié?

MONT. Sí.

SRA. L. Con este calor! Que atrocidad! y lo siguió usted hasta?..

MONT. Hasta el boulevar Wagram.

SRA. L. Hácia que lado cae ese boulevard?

MONT. En la barriada de Roule.

SRA. L. Ah! comprendo! Hay por allí muchos hoteles desalquilados...

MONT. Sí; precisamente el coche se detuvo delante de uno de ellos. Esperé...

SRA. L. Siempre por presentimiento. . Pero señor! que manía tienen los hombres en querer saber lo que se les desea ocultar!

MONT. Al cabo de media hora de esperar ví que el coche se alejaba al paso y vacio.

SRA. L. Debió bajar alguien á decírselo.

MONT. No!

SRA. L. Entónces!..

MONT. Evidentemente, antes de entrar en dicha casa. debió decir al cochero: si dentro de media hora no salgo, puede V. marcharse.

SRA. L. Y porqué?

MONT. Porque tenía que ir sin duda á algún sitio donde no convenía que la viese nadie de su servidumbre ..

SRA. L. Oh! El relato va haciéndose interesante... y que, qué hizo V. entonces?

MONT. Entré en la casa, dí cinco luises al conserje y procuré indagar. .

SRA. L. Pero eso es comprometerla!...

MONT. Porqué me engañaba?

SRA. L. Y el conserje? ..

MONT. No pudo decirme más que vino una señora preguntando por la inquilina de la casa, que está ausente, después de lo cual se marchó por la otra puerta

SRA. L. Con qué la casa tiene dos salidas, eh? (*Rie.*)

MONT. Sí.

SRA. L. No está mal pensado; y á dondé se dirigía?

MONT. No lo sé; porque me quedé observando el coche ..

SRA. L. Mientras ella iba ganando terreno! Bien urdido! (*Rie.*)

MONT. Sí, mucho; pero me tomaré la revancha, se lo juro.

SRA. L. Y entonces qué hizo V?

MONT. Salí por la misma puerta y reconocí la calle.

SRA. L. Para qué? Cree V. que dejamos estelas como los buques de vapor?..

MONT. Quién sabe? Un indicio cualquiera... Entré en todas las casas... pregunté... nada... Cuando pienso que podía estar detrás de aquellas ventanas, riéndose de mí!...

SRA. L. Pero, porqué razón estaría ella riéndose de V. cuando era libre de no escucharle á usted siquiera?

MONT. Sí: ya me hice todas estas reflexiones... pero *V. no sabe* lo que es una mujer!

SRA. L. Eh!...

MONT. Entonces me vine aquí.

SRA. L. También á pié?

MONT. También: Ella no había vuelto todavía.

SRA. L. Comprendo.

MONT. Interrogué al cochero: me comunicó la orden que le había dado la Condesa. Corrí á casa de V., me dijeron que estaba V. aquí y por eso he venido.

SRA. L. Y el almuerzo?

MONT. Sí! Para almorzar estoy yo ahora!

SRA. L. Bueno! Como quiera! pero, qué puedo yo hacer por V. en este asunto?

MONT. Hablarme con sinceridad: decirme todo lo que sepa respecto á ella.

SRA. L. Promete V. no revelar á nadie lo que voy á decirle?

MONT. Lo prometo.

SRA. L. Palabra?

MONT. Sí.

SRA. L. Pues bien! Cuando supe que estaba V. enamorado de la Condesa, hice todo lo posible para disuadirle de un amor, á mi ver, tan imposible. Creía á la señora de Simerose la mujer

más honrada del mundo. Mucho me estrañó que al recibo de su carta se decidiese á venir tan de repente; bien es verdad que ignoraba la amenaza que contenía, pero cuando la hablé de V. ayer y me contestó friamente: «le he visto dos ó tres veces en casa de su hermana.» Cuando ví que exigía de mí que condujese á todos mis invitados á su casa, solo porque estaba V. entre ellos y que al serle V. presentado le acogió como á un indiferente, no pude menos de admirarme del dominio que tiene sobre sí misma, dominio que manifiesta lo acostumbrada que está á esta clase de aventuras.

MONT. Me está V. matando, señora.

SRA. L. Yo creo que el único qne sabe á que atenerse respecto á la Condesa, es...

MONT. Quién?...

SRA. L. Pero sería preciso tener la astucia suficiente para hacerle hablar: no dice más que lo que quiere cuando está prevenido.

MONT. Es acaso de Ryons?

SRA. L. El mismo

MONT. *(Aparte.)* Debía haberlo sospechado! *(Se levanta precipitadamente.)*

SRA. L. A donde vá V?

MONT. A encontrarle: tiene V. razón. La conoce, no hay duda. No sabe V. que él es quien me entregó la carta ayer en esta habitación. Si no la hubiese conocido de mucho tiempo ..

SRA. L. Pero, qué carta? Qué habitación?

MONT. Ya lo sabrá V?... Gracias. Si se han burlado de mí... desgraciados! *(Toma el sombrero. La señorita Hackendorf acaba de entrar por la izquierda y de Montégre la encuentra antes de salir. A la señorita Hackendorf.)* He sido muy culpable para con V. señorita; pero si V. supiera cuan desgraciado soy!

ESCENA III

SRTA. HACKENDORF, SRA. LEVERDET

HACK. Qué le pasa á de Montégre. Está loco?

SRA L. No le falta mucho.

HACK. Hay epidemia, pues?

SRA. L. Por qué?

HACK. Balbina á quien acabo de dejar en este instante, no quiere hablarme. Ni siquiera me ha devuelto el saludo.

SRA. L. Cómo es eso? Ha llegado ya la Condesa...
HAGK. Aún no...
RYONS. (*Entra y después de saludar.*) Acaba de salir de aquí de Montégre?
SRA. L. Sí.
RYONS. Le ví pasar por delante de mí como un huracan.
SRA. L. No le ha visto á V?
RYONS. No veía á nadie.
SRA. L. Tanto peor. Creo se dirigía á su casa de V.
RYONS. De veras? Pse! No le sentará mal esta carrerita!
SRA. L. Me permiten Vds. vaya por fin á ver cómo sigue mi hija?
HACK. Vaya V. y procure averiguar la causa de su enojo para conmigo. (*Señora Leverdet sale.*)

ESCENA IV

DE RYONS, SRA. HACKENDORF

RYONS. Está enojada con V. porque tiene celos.
HACK. De mí? y por qué?
RYONS. No quiero hacerle traición todavía.
HACK. (*Después de una pausa*) Señor de Ryons...
RYONS. Señorita...
HACK. Es V. muy amable.
RYONS. Por qué?
HACK. Y la visita que debia V hacer hoy á mi padre?
RYONS. Pero, lo dijo V. de veras?
HACK. Y tan de veras! Como que se lo previne, y le ha estado esperando toda la mañana con sus libros.
RYONS. Y. . consentía?
HACK. Sí!!
RYONS. De modo, que me aceptaría V. por esposo?
HACK. (*Con decisión.*) Sí.
RYONS. Porqué?
HACK. (*Con cierto rubor.*) Porque no se parece V. á los demás hombres.
RYONS. Que rarezas tienen Vdes! Soy el único hombre que V. conoce, que no he deseado ser nuuca su marido: que en lugar de galanterías, aprovecho todas las ocasiones para zaherirla con mis impertinencias... y sin embargo, soy yo quien ha logrado conmover su corazón!
HACK. Cada uno tiene el derecho de buscar la felicidad en donde cree encontrarla!
RYONS. Pues bien! Es imposible! (*p*) En primer lugar, es V. demasiado hermosa.

HACK. Ya envejeceré! (*Con coquetería.*)
RYONS. Es V. demasiado rica.
HACK. *Puedo arruinarme.*
RYONS. Y además... (*Pausa.*)
HACK. Continúe V. no se detenga! No quiere V? Pues bien! Voy á decirselo yo misma. V. iba á añadir: Es preciso ser ó muy vanidoso, ó muy especulador, ó muy necio para casarse con una mujer tan .. célebre como yo, verdad?... Sí. diga V. que sí!... En efecto. Quien al verme todas las tardes paseando en un elegante carruaje, acompañada de un caballero anciano que parece decir á todo el mundo: «Mirad, mirad á mi hija, no es verdad que es muy bella y elegante?» No se pregunta, «quién es esa joven?» «Cómo, no la conoce V.» le contestan. «Es la hermosa señorita Hackendorf, uno de los mejores partidos de Europa.—Y porqué no se casa?—Quizás no es tan rica como se dice; tal vez su padre quebró allá en su país. Dicen que no pudo casarse con el hombre que anhelaba su corazón.—Ah! pues que tenga cuidado, porque va á hacerse ridícula con sus *toilettes* extravagantes, sus tiros y sus dos millones de renta depositados en el Banco. Sabe V. á quien se parece?... A aquellas muñequitas autómaticas que se ven en algunas tiendas exhibidas con el anuncio de «Digo papá y mamá, ando sola y no cuesto más que quinientos francos.» Todo el mundo las admira... pero nadie las compra... «Hermoso juguete» dicen todos... (*p*) pero ni siquiera los ladrones piensan en robarla. (*p*)
RYONS. Hay algo de razón en lo que V. dice.
HACK. (*Con amargura.*) No es verdad que he acertado, no es verdad que V. mismo se ha dicho eso algunas veces? Y, claro está! Un hombre que respete su nombre, no lo arroja en medio de este bullicio... Sin embargo, sería una buena acción, pues esa joven de que se trata no desea más que permanecer honrada y encontrar un marido que la comprenda y domine... (*p*) ¡Sacrifíquese V...! ¡Cásese conmigo!
RYONS. No puedo casarme.
HACK. (*Con un suspiro.*) Dígame V. al menos que ama alguien!
RYONS. Sí... amo á alguien.
HACK. (*Con otro.*) Entonces. . el Sr. de Chantrin...
RYONS. Es un título... Será V. marquesa... Mas debería V. poner á prueba su amor.
HACK. Cómo?

RYONS. ¿Cuándo sabrá V. de Chantrin la dicha que le aguarda?

HACK. Hoy mismo... mi padre debe contestarle dentro de una hora.

RYONS. Exija V. de él que se quite la barba.

HACK. Todo lo que ha sabido V. decirme!... Adiós! (*Se enjuga los ojos... El la mira.*) Sí! Sí! es una lágrima! Puede V. estar satisfecho! (*Vase*).

ESCENA V

DE RYONS, *solo, luego,* JUANA.

RYONS. Una lágrima! Caspita! Valdrán las mujeres más que nosotros! (*A Juana que entra muy conmovida.*) Qué tiene V?

JUANA. Esperaba con impaciencia que estuviese usted solo.

RYONS. Qué? Ha sucedido algo grave durante el viaje?

JUANA. No, no! Pero diga V! No ha hablado V. de mí á nadie?.. á Emilia, por ejemplo?

RYONS. No! Excepto lo que le dije ayer en su presencia?

JUANA. Apropósito de Estrasburgo?

RYONS. Sí.

JUANA. Y del Sr. de Montégre, no han hablado Vds?

RYONS. Nunca!

JUANA. Entonces, como habrá podido averiguar?..

RYONS, Qué, sabe algo?

JUANA. Lo sabe todo... Por fortuna todo es nada.

RYONS. El ha debido contárselo... No tiene secretos para ella: fué su primer amor.

JUANA. Me ha dado á entender que no admitía en su casa más que mujeres irreprochables.

RYONS. Entònces; como vá á hacerlo para entrar ella?

JUANA. De modo que V. cree que es De Montégre quién..?

RYONS. Es evidente.

JUANA. Pero...

CRIA. (*Anunciando.*) El Sr. de Montégre.

RYONS. Ahora lo sabremos!

ESCENA VI

Los mismos, DE MONTÉGRE.

MONT. Acabo de salir de su casa, querido De Ryons: quería tener con V. una entrevista.

RYONS. Tenga V. la bondad de indicarme el sitio y hora más apropósito...

MONT. No hay necesidad: podemos si gusta, tenerla ahora mismo. La Sra. Condesa no está de más; precisamente de ella se trata.

JUANA De mí?

MONT. Sí, señora... y ya que ha iniciado V. al Sr. De Ryons en nuestros secretos, creo que lo más conveniente será que nos expliquemos con toda claridad en su presencia.

JUANA. Sea!

MONT. Permítame que me dirija desde luego al Sr. de Ryons, entre hombres van las cosas más deprisa... Sr. De Ryons: me dá V. *su palabra de honor* de que antes de encontrar á la señora. en casa de los Leverdet, no la conocía V. ni de nombre ni de vista?

JUANA. (*Precipitadamente.*) Ruego al Sr. De Ryons que no conteste.

MONT. Porqué?

JUANA. Porque esta pregunta encierra un insulto para mí.

MONT. Por eso no se la dirijó á V.

JUANA. Pero el Sr. De Ryons está en mi casa y se trata de mí. (*Pausa.*) Creo que ha llegado efectivamente el momento de (*casi irónico*) una explicación definitiva.... Interrógueme usted, pues, á mí delante del Sr. De Ryons que es amigo mío y veré si debo ó no debo responder á sus preguntas.

MONT. (*A media voz.*) Se acuerda V. de lo que me decia en este mismo sitio, hace poco?

JUANA. (*En alta voz.*) Le decia á V. como comprendía el amor y que adoraría al hombre que llegara á merecerlo... Me dijo V. que quería ser este hombre: le creí, pero he visto que me engañaba y he cesado de creerle.

MONT. Y porque fué V. la primera en engañarme, diciéndome que quería estar sola y luego cuando me fuí...

JUANA. Porque me pareció bien estar sola después de lo cual me plugo salir. Soy dueña absoluta de mis acciones.

MONT. Y á donde se dirigió V.?

JUANA. Ya debe V. saberlo!.. Me siguió!

MONT. Sí, pero, al dejar la casa con dos puertas?

JUANA. No quise probablemente que se supiera adonde iba; *por eso,* empleé este medio.

MONT. (*Con despecho.*) Pues bien! Yo lo sé!

JUANA. Entonces, á qué preguntarlo?

MONT (*Amenazadoramente*) No se burle V. de mí! no sabe V. quien soy!

JUANA. *Empiezo á saberlo*... de modo que iba...

MONT. Adonde puede dirigirse una mujer que oculta su rostro bajo un velo impenetrable, y que toma todas las precauciones imaginables para no ser reconocida?

JUANA. A dónde? (*Casi indig.*)

MONT. (*Con entereza.*) A ver á su amante!

JUANA. Ah! (*Después de un momento de emoción se aleja de De Montégre tirando un guante con un movimiento de cólera y diciendo entre dientes.* Imbécil! (*En alta voz.*) Señor de Ryons. Quiere V. tener la bondad de llamar?... Voy á salir, (*Con intención á De Montégre.*) (*Al criado.*) Que enganchen!

MONT. (*No sabiendo que decir.*) Se queda V. de Ryons?

JUANA. (*A de Ryons.*) Ruego á V. que se quede.

MONT. (*Aturdido.*) Adiós, señora.

JUANA. Adiós, caballero. (*Sale el criado.*)

ESCENA VII

DE RYONS, *cerca de la chimenea.* JUANA, *al extremo del salón*

RYONS. (*A sí mismo.*) Vamos á ver si he adivinado á esta mujer.

JUANA. (*Febrilmente.*) Y esto es lo que llaman amor serio.

RYONS. (*Con indiferencia.*) Eso precisamente: tiene una ventaja y es la de ser menos duradero que los demás.

JUANA. (*Creciendo en agitación.*) El hombre con quien nos casamos nos engaña y...

RYONS. (*Acercándose á ella.*) Y el hombre á quien amamos nos insulta...

JUANA. (*Perdiendo poco á poco la cabeza.*) Es así como amaría V. á la joven del velo blanco.

RYONS. (*Acercándose más aún*) Oh! No!

JUANA. Si la encontrara la perdonaría todo lo que hubiese hecho por V?

RYONS. No es amor verdadero el que no prncipia por perdonar!

JUANA. Y consentiría V. en partir con ella y conducirla hasta el fin del mundo consagrándola por entero toda su vida?

RYONS. Toda! con tal de que la encuentre!

JUANA. Tenga V. la bondad de recogerme aquel guan-

te. *(De Ryons se baja y medio de rodillas le entrega el guante que ha recogido.)*

JUANA. *(A quien el despecho y la cólera dominan por completo.)* Yhank, yon sir,—zane yu ser.

RYONS. *(Arrobado.)* Era V.?

JUANA. Pues bien! Sí! Yo era!

RYONS. *(Apasionadamente.)* Juana! *(La toma la mano. Ella se hecha hacia atrás con un movimiento instintivo de pudor y de miedo. De Ryons cambiando de entonación pero afectuosamente severo.)* Porqué ha mentido V.?... Si no he ido nunca á Estrasburgo! la historia es falsa!

JUANA. ¡Oh! *(Ocultando la cara entre las manos y dejandóse caer sobre su silla.)* ¡Desdichada de mí!

RYONS. *(Siempre afectuoso.)* No llore V.! Perdóneme esta estratagema, que inventé tan sólo para conseguir su amistad .. mi manía.... No sabe V. que soy el amigo de las mujeres?... Entonces no la conocía, ni podía apreciar la belleza de su corazón; pero ahora soy su amigo sincero y deseo saber cómo una mujer de su condición ha llegado á una situación semejante. Debe haber en ello algun misterio; porque no me ama V. á mi, ni á de Montégre. Vamos! Tenga V. confianza en mí! Respóndame!

JUANA. *(Entrecortada la voz por los sollozos.)* Interrógueme!

RYONS. Quién la educó á V.?

JUANA. Mi madre!

RYONS. Casó V. por amor?

JUANA. Sí.

RYONS. Su marido, la amaba?

JUANA. Así lo decía al menos.

RYONS No mentia: Es V. de aquellas á quienes se ama. Por qué se separó V. de él?

JUANA. Porque supe que me engañaba.

RYONS. Con quién?

JUANA. Con mi doncella.

RYONS. Y hacía que estaban Vdes. casados?...

JUANA. Un mes!

RYONS. Qué motivos tenía?

JUANA. Ninguno. *(Con indignación.)*

RYONS. Aunque no tengamos, siempre creemos tener más ó menos motivos para justificar los errores de la vida. Es preciso que me lo diga usted todo, si quiere que la ayude á esclarecer el misterio de su propio corazón.

JUANA. *(Con emoción que crece por momentos)* Ah! No sabe V. lo que es una joven educada como yo lo estaba. Oye hablar del matrimonio sin tener la más minima idea de su significado: no

vé con él más que la unión de dos almas que se aman y que pasan la vida juntos, como su padre y su madre: añade á esta unión el campo, los viajes, el deseo de ser elegante y el orgullo de poder llamarse *señora*. Un día encuentra un hombre que se ocupa de ella más que de las demás y que le da á comprender que ha llegado ya á la edad en que el amor es una necesidad del alma. Es el primer hombre de quien ha oido aquellas palabras: su corazón late; él la pide á su madre, convienen en que la haga la corte. La naturaleza, la poesía, la música, las flores, todo, en fin, les sirve de intermediarios. El ideal, siempre el ideal. Después una ceremonia religiosa en la que los mismos ángeles parecen disfrutar, y aquella niña piadosa, romántica, ignorante, es ya *prenda* de un hombre. (*Pausa.*) En qué van á convertirse sus sueños, pudores y castidades?. . Muchas mujeres *cierran los ojos* refugiándose en la maternidad... esas son las almas grandes... han sabido conformarse con la voluntad de Dios; pero hay otras que no se conforman, que se rebelan, y todos aquellos sentimientos que hasta entonces las han fortificado, se agrupan á su alrededor y las defienden contra la realidad. El marido orgulloso é impaciente, en su cualidad de hombre lleva aquel amor que la esposa juzgaba indigno de ella, á otra mujer cualquiera: esto despierta sus celos, porque al fin y al cabo (*con resignación y lastima) no es más que una mujer.* Entonces se ampara de su madre, su vida está hecha pedazos y el mundo la mira con extrañeza, la calumnia; y concluye al fin por rechazarla, ya que nadie tiene el derecho de no parecerse á los demás.

RYONS. Y desde su separación?

JUANA. He viajado, estudiado, sufrido mucho! he implorado el auxilio de todo lo bueno y por fin el desaliento se ha apoderado de mí... He querido amar!!

RYONS. Y creyó V. qué de Montégre la comprendería?

JUANA. ¡Qué se yo!

RYONS. El caballero que le visitó esta mañana era el señor de Simerose?...

JUANA. Sí.

RYONS. Por él fué esta mañana V. á Ville d' Avray.

JUANA. Sí.

RYONS. A ver á un niño...

JUANA. Cómo lo sabe V?

RYONS. Lloró y al abrazarle dijo V. que iría en su busca al día siguiente...

JUANA. Ha ido V. entonces á casa de...

RYONS. Hice lo que pensaba poder hacer... Pero vamos á lo que importa... Vino V. á París y encontró á la Sra. de Leverdet, por amiga y consejera, á de Montégre, que la insultó y en un momento de desesperación, sin meditarlo se arrojó V. en mis brazos, diciéndose: «El me amará creyendo amar á otra» es decir, á la fingida viajera de mi soñadora narración; no es eso?

JUANA. Sí.

RYONS. Pues ya está descifrado el enigma! V. ama á su marido y *no ha amado nunca á nadie más que á él!*

JUANA. Quizás sea demasiado tarde! Sálveme V!

RYONS. Sí!; es preciso salvarla.

JUANA. De veras? No me desprecia V?

RYONS. Despreciarla!.. Suerte grande le ha cabido al dar con un hombre tan vicioso como yo!... Ahora tenga V. presente, que cuando una mujer es honrada, no hay otro camino que tomar que seguir siéndolo, cueste lo que cueste; de lo contrario, cuán terribles son sus consecuencias!

JUANA. En qué piensa V?

RYONS. (*Pasandose la mano por la frente.*) Hay en mi vida analogía con su desgracia... es mi secreto!.. pero, en fin, haré por V. lo que debieran haber hecho para conmigo, aunque no sea muy fácil!

JUANA. Porqué? Si solo con impedir que De Simerose parta... ya no tengo orgullo! yo misma iré á encontrarle!

RYONS. Y él?

JUANA. Quién?

RYONS. Ahí está toda la mujer! De Montégre... el hombre del amor puro, platónico... Ya no se acuerda V. de él!

JUANA. Si no le amo! Si no le he amado nunca! A mí qué me importa De Montégre!

RYONS. Enhorabuena! Pero él cree que la ama á usted!.. por probárselo se hubiera matado y capaz es de matar á De Simerose si sabe que V. le ama.

JUANA. Oh! Calle V. por Dios!

RYONS. Le ha escrito V. muchas cartas?

JUANA. Una sola. La misma que V. le entregó.

RYONS. Qué contenía?

JUANA. Solo estas palabras: «Venga V. mañana: deseo creerle »

RYONS. Iba firmada?
JUANA. Sí.
RYONS. Permítame V. que se la pida.
JUANA. Se lo permito.
RYONS. Debe V. ir esta noche á casa de los de Leverdet, verdad?
JUANA. No pensaba ir después de esta escena.
RYONS. Sí! Vaya V. y no se admire de lo que le diga De Montégre! Quizás sea preciso mentir! este será su castigo! pero acepte V. todas las sospechas, todas las acusaciones! Yo estaré allí!
JUANA. No comprendo, pero me fío ciegamente en V.
RYONS. Bien puede V. hacerlo! (*Le besa la mano con el mayor respeto.*)

TELON

ACTO QUINTO

La misma decoración del acto primero. En casa de Leverdet.

ESCENA PRIMERA

LEVERDET, SU ESPOSA

LEV. (*Entrando.*) Pues señor! Veremos como encontrará la Academía mi proposición... La verdad es que me siento cansado. (*A su mujer que entra.*) Has traído la niña contigo?

SRA. L. Sí.

LEV. Se encuentra bien del todo?

SRA. L. No: tiene enfermo el espíritu!...

LEV. Qué le pasa?

SRA. L. (*Dándole una cartita.*) Lee!

LEV. Pero, de quién es esa carta?

SRA. L. De Balbina.

LEV. Y á quien la escribe?

SRA. L. A nosotros!

LEV. A nosotros? Pues, qué?, ha perdido el uso de la palabra?

SRA. L. Lee!

LEV. «Queridos papás: Perdónenme el disgusto que voy *ha* causarles...» a, con h!... En esto la reconozco... «pero no puedo ocultarles por más tienpo»... tiempo con n! «La resolución que he tomado. Estoy ya cansada del mundo y de sus vanos placeres: quiero consagrar mi vida, al retiro y á la soledad. Les ruego me acompañen á un convento, pues quiero ser hermana de caridad! Cuanto antes me conduzcan más grande será mi agradecimiento y así podré rogar á Dios por mis buenos padres, á fin de que nos reuna en el paraíso. Su respetuosa hija: Balbina.» Bueno! y qué le has dicho tú?

SRA. L. Pues sencillamente, que estaba loca!

LEV Y porqué?

SRA. L. Porqué lo está?

LEV. Pues no es tan loca esa idea como te figuras.

SRA. L. De modo que consientes...

LEV. Es claro!...

SRA. L. Pues yo no!

LEV. Y con qué derecho, amiga mía?

SRA. L. Soy su madre!

LEV. Y yo su padre!...

SRA. L. Pero. .

LEV. No hay pero que valga! La felicidad de Balbina, consiste en entrar en un convento: No la contrariemos: el día que cambie de parecer, *(p)* nos la llevamos otra vez con nosotros... que no cambía.., pues que sea religiosa! No hay acaso otras mujeres que tienen vocación? Tal vez Balbina es una de ellas. Pero espera hasta mañana, tenemos hoy invitados y además es preciso consultarlo con Des Targettes, que es su padrino y casi de la familia.

SRA. L. Quizás no venga esta noche.

LEV. Sí: (*riendo.*) dice que se come muy mal aquí y á fé mía que tiene razón: no sé porqué te obstinas en querer guardar esta cocinera; no sabes que le disgusta?.. Cuando se ha tenido un amigo por espacio de veinte años, bien puede hacerse algo en obsequio suyo. Además, él mismo te propuso una.

SRA. L. Pues que se la guarde!.. Ahora que va á casarse tendrá, sin duda, necesidad de ella. No voy yo á trastornar toda mi casa por el señor de Destargettes.

LEV. Que también hayas de haber sido tu quien le metió en la cabeza la idea de casarse!.. Pero señor, que manía la tuya de querer casar á todo el mundo! Eso cuando era joven, pero ahora... vamos, mujer, vamos! El único amigo que tengo, mi compañero de bezigue cuando me siento cansado, el que te acompaña al teatro cuando tengo algo que hacer!.. y tú quieres privarme de él!.. Se casará con una joven que me lo llevará... Dios sabe donde, y yo entretanto solo, qué será de mí? No busca una familia? Pues seámosla nosotros: quién nos impide construirle un pequeño pabellón en el jardín en donde pueda recibir á quien le plazca y hacer lo que guste, sin temor de molestarnos... comerá con nosotros... pasará las veladas noches en nuestra compañía, y si está enfermo, ahí estaremos nosotros para cuidarle.

SRA. L. Estás soñando?

LEV. No, mujer, no: si son las siete!

SRA. L. Y que dirían de nosotros?

LEV. Qué quieres que digan?

SRA. L. Destargettes es el padrino de Balbina.

LEV. Y qué?

SRA. L. Tiene sesenta mil francos de renta.

LEV. Y eso qué...

SRA. L. Que dirán que le buscamos para que haga á Balbina su heredera.

LEV. Ya sabe él que no aceptaríamos un céntimo de su fortuna, que tampoco necesitamos... sino es más que eso... En fin, le veré esta noche y lo arreglaremos entre los dos... Ah! has dado ya las gracias á la Condesa por su amabilidad?

SRA. L. Sí!

LEV. Se ha portado muy bien con Balbina... es una bella persona.

SRA. L. Veo que hoy no estaremos nunca de acuerdo.

LEV. Porqué?

SRA. L. Porque es muy distinta de la tuya la opinión que tengo de la Condesa.

LEV. Y qué te ha hecho para..?

SRA. L. No sigue la conducta que debería seguir... la aconsejé que se reconciliara con su marido y ella no quiso, por razones que yo me sé. Como no quiero dar alas á sus errores y además no quiero que mi casa favorezca encuentros que desapruebo...

LEV. Qué encuentros! áma á alguien? á tí que te importa? . El que tu seas «irreprochable» no debe impedirte el que seas compasiva: eres buena esposa, buena madre, porqué no has de ser buena mujer? Deja que hagan los demás de su corazón lo que les parezca! Por mi parte debo confesarte que amo la juventud y encuentro que el viento del amor la favorece de cualquier parte que sople.

SRA. L. Sí! Ya sé que pretendes también ser filósofo.

LEV. Por eso mismo perdono los errores humanos. Cuando se ha vivido por espacio de sesenta años entre los hombres dedicando más de cuarenta á su estudio, uno se vuelve indulgente y...

CRIADO. (*Entrando.*) La señorita Balbina, pide permiso para entrar.

LEV. Ya lo creo! Entra Balbina, entra hija mía! (*Balbina con paso lento y recogido.*)

ESCENA II

Los mismos, BALBINA.

LEV. He leído tu carta, hija mía y accedo á tus deseos.
BAL. Oh, papá!!
LEV. Estás bien decidida?
BAL. Sí, papá!
LEV. Crees qué no te arrepentirás?
BAL. No, papá!
LEV. No preferirías un viajecito?
BAL. No, papá!
LEV. O ir dos ó tres veces al teatro?
BAL. Oh, no! papá, lo siento; Dios me llama.
LEV. (*Pausa.*) Entonces no le hagas esperar. Prepara tus chismes esta noche y mañana por la mañana te llevaremos á un convento.
BAL. Gracias, papá!
LEV. (*Pausa.*) Pero... de veras quiéres ser hermana de la caridad?
BAL. Sí, papá: de aquellas que llevan el sombrero blanco.
LEV. Bueno, bueno! Comerás hoy con nosotros por última vez.
CRIADO. El señor de Ryons.
RYONS. (*Entrando á Balbina.*) Les ha entregado usted la carta, señorita?
BAL. Sí!
SRA. L. Sabe V. lo que contenía?
RYONS. Me lo figuro; después de la conversación que tuve con ella... Es una vocación...
BAL. Sí!
LEV. Rogarás por él también?
BAL. Sí, papá!
RYONS. Ya tendrá V. que hacer! soy un gran pecador! (*A la señora Leverdet.*) Me dispensará V., señora, que haya llegado tan pronto; tengo absoluta necesidad de hablar con su esposo.
SRA. L. Entonces les dejamos. (*Salen ella y Balbina.*)

ESCENA III

LEVERDET, DE RYONS.

LEV. De qué se trata?
RYONS. De la Condesa.

LEV. A quién estuvo V. haciendo ayer la corte, calaverón!

RYONS. No es de aquellas á quienes puede hacerse la corte.

LEV. Es muy honrada, verdad?

RYONS. Sí: pero eso no impide el que corra un gran peligro. Supongo puedo contar con V?...

LEV. Naturalmente!

RYONS. Se lo pregunto porque su señora ha tomado un poco el partido en contra y no tengo tiempo bastante para convencerla. En dos palabras; la señora de Simerose ama á su marido y desea vivamente pisar el suelo conyugal: es digna de toda la estimación y amor del conde... pero...

LEV. Hay un pero...

RYONS. Siempre hay peros en las mujeres .. Ha tomado el camino más largo para lograr su objeto; tuvo la imprudencia de escribir una carta bastante comprometedora á un hombre...

LEV. No es gran cosa que digamos el escribir una carta.

RYONS. Es que no es la carta la que me inquieta, sino el hombre.

LEV. Qué tiene de particular?

RYONS. Es un hombre organizado de tal modo, que cuando la pasión le domina, no hay medio de hacerle comprender la razón. Está eternamente enamorado, tan pronto de una como de otra, pero siempre al mismo grado.

LEX. Sí, vamos; *como el alcohol.*

RYONS. *Eso es.* No tenía el talento del Sr. de Simerose, pero tenía la ocasión... Es además de esos hombres que tienen la facultad de pasarse las noches enteras bajo las ventanas, de vivir sin comer, y de estar siempre dispuestos á saltarse la tapa de los sesos y á matar á todo el mundo.

LEV. Temperamento bilioso... El hígado... será preciso enviarle á Vichy.

RYONS. Pues bien! .. la Sra. de Simerose ha dado con uno de esos hombres.

LEX. De Montégre.

RYONS. Lo sabía V. ya?

LEV. Mi mujer me ha dicho dos ó tres palabras hace poco...

RYONS. Lo que hace la situación más delicada es que no ha sido el amante de la Condesa: ni siquiera este consuelo le queda á su vanidad. Una hora hará que le despidió y en presencia mía por cierto. Se marchó furioso y debe estar

maquinando su venganza. Se trata pues de un problema que V., como sabio, puede resolver. Con que veamos! Si le dijeran á V. que hay un marido que ama á su mujer; una mujer que ama á su marido; que están los dos separados y que hay un amante que se creyó amado de esta mujer, que haría V. para conducir al marido á la casa conyugal y desembarazarse de un amante que no quiere irse, todo en dos horas?

LEV. Es una regla de tres...

RYONS Compuesta; pero yo he dado con su solución.

REV. De veras?

RYONS, Sí; pero cuento con su cooperación.

LEV. Veamos! qué es preciso que haga?

RYONS. Por de pronto, me hace falta De Simerose.

LEV. Precisamente debe venir esta noche á buscar ciertos papeles...

RYONS. Perfectamente: procure V. que no se encuentre con De Montégre.

LEV. Bien.

RYONS. Me lo detendrá V. en su gabinete hasta que le traigan una carta de su mujer!

LEV. Comprendido.

RYONS. Cuando llegue la Condesa, procure V. que ignore la presencia de su marido en esta casa y hágala entrar en este aposento.

LEV. Me vienen ganas de escribir todo esto!

RYONS. Luego... Cuando llegue De Montégre que me dejen solo con él.

LEV. Nada más?

RYONS. No; y para recompensarle de sus molestias impediré el que su hija entre en ningún conconvento... La curaré!

LEV. De qué?

RYONS. De su amor.

LEV. Cómo! Está acaso enamorada ella también?

RYONS. Sí.

LEV. Y de quién?

RYONS. De un necio como conviene á su edad... Pero he tomado ya mis precauciones.

CRIA. (*Anunciando.*) El Sr. De Montégre.

RYONS. Pase V. por aquí, (*Rápido*) sin perder tiempo! (*Leverdet, sale.*)

ESCENA IV

DE RYONS DE MONTÉGRE

MONT. Es como amigo que debo tratarle?

RYONS. Como amigo de la víspera...

MONT. Entonces (hasta nueva orden), por esta amistad, por reciente que sea, me creo autorizado para pedirle la prueba que hace dos horas le pedí en casa de la Condesa de Simerose y que le impidió...

ROYNS. Puede V. preguntar cuanto quiera, en la seguridad de que no he de engañarle.

MONT. Fío en su palabra. Desde cuando conoce V. á la Condesa?

RYONS. Desde ayer. Aquí le fuí presentado.

MONT. No la habia visto V. nunca.

RYONS. Nunca. .

MONT. No había V. oído hablar de ella?

RYONS Tampoco.

MONT. Vuelvo á repetirle que fío en su palabra... A qué se refiere, pues, la alusión á un viaje á Estrasburgo?

RYONS. Fué tan solo una broma.

MONT. Nada más?

RYONS. Nada más ..

MONT. Pero ahora ha entablado V. más ancho conocimiento con ella?

RYONS. Sí!..

MONT. Y es V. su amigo...

RYONS. Su amigo de la víspera...

MONT. Probablemente tiene V. más amistad con ella que conmigo.

RYONS. No desearía otra cosa que tener con ella la misma que tengo con V.

MONT. Ha llegado V. á ser su confidente?

RYONS. He tenido este honor.

MONT. Su amistad para conmigo llegaría hasta comunicarme .?

RYONS, En parte. . me ha encargado de cierta misión.

MONT. Qué misión?

RYONS. La de pedirle la carta que le entregué yo mismo de su parte.

MONT. Entonces, ya no se acuerda de lo que contenia!.. ya no me ama?

RYONS. Así parece

MONT. Poco ha durado!

RYONS. Shakespeare dijo: «Corto como el amor de las mujeres...»

MONT. Y ama á otro?

RYONS Cuando una mujer deja de amar á uno. es porque ama á otro.

MONT. Y á este otro, le amaba antes de conocerme?

RYONS. Sí.

MONT. Y por su causa se fué de Francia?

RYONS. Probablemente.

MONT. Entonces... porque .. yo?

RYONS. Se creía abandonada... y pensaba olvidarle con V!

MONT. Conoce V. á ese hombre?

RYONS. De vista.

MONT. Y de nombre?

RYONS. Y de nombre.

MONT. Es V. amigo suyo sin duda?

RYONS. Sí, su amigo *de la víspera*...

MONT. Y no puede V decirme su nombre?

RYONS. Me está prohibido.

MONT. Por...

RYONS. Por prudencia sencillamente.

MONT. Yo lo sabré.

RYONS. No lo creo.

MONT. Seguiré los pasos de la Condesa por todas partes, como su propia sombra.

RYONS. Perderá V el tiempo!

MONT. Lo veremos!

RYONS. Ella no irá á su casa?

MONT. El irá á la suya.

RYONS. Tampoco.

MONT. No se verán... esto me basta!

RYONS. Se escribirán hasta que la Condesa pueda reunirse con él... su madre les ayudará...

MONT. Su madre?..

RYONS Sí; ama á su hija y hará todo lo posible para que sea feliz... Y en suma .. V. no tiene ningún derecho sobre la Condesa y él sí.

MONT. (*Lleno de cólera.*) Está V. seguro?..

RYONS. Y tan seguro! Cómo que una vez fuera el marido, pues á él es á quien hay que temer y no á usted se consagrará enteramente á su amor y no vivirá más que para él... Oh! Pero si fuera el marido quien se opusiera, sería otra cosa!... el marido es siempre el marido!... Si ella le hubiese escrito como á V. una sola palabra de esperanza, no la abandonaría un instante y sería preciso que el otro le cediese el sitio... pero lejos de esto le detesta y sería su muerte el vivir con él!... Vamos déjeles en paz y devuélvame esta carta..

MONT. No; cuando parte el marido?...

RYONS. Esta noche, ó mañana... No! Esta noche.

MONT. Está V. seguro de ello?

RYONS. Leverdet me lo dijo hace poco al enterarme de que va á venir á despedirse de él.

MONT. Cómo! De Simerose vendrá esta noche?

RYONS. Ya debe estar aquí.

MONT. No podía llegar más á propósito!

RYONS. (*Con fingido espanto.*) Qué quiere V. decir con eso?

MONT. (*Riendo nerviosamente.*) Sí! sí! Será la mejor venganza!
RYONS. A donde va V?
MONT. Ya lo sabrá V. bien pronto!
RYONS. Me horroriza... y la carta?
MONT. Ya se encargarán de devolvérsela á la Condesa!
RYONS. Quién?
MONT. Quién?... Ya lo verá V!
CRIADO. (*Anunciando.*) La señora Condesa de Simerose.
RYONS. Acuérdese V. de que es una mujer! (*Entra Juana.*)

ESCENA V

Los mismos, JUANA

MONT. (*A Juana.*) Sabe V. todo lo que acaba de decirme el señor de Ryons?
JUANA. (*A quien de Ryons ha hecho un signo.*) Todo.
MONT. No se retracta V. de nada?
JUANA. De nada.
MONT. No me ama V. ya!
JUANA. Nunca le he amado.
MONT. Y ama V. á otro?...
JUANA. (*De Ryons le hace un signo afirmativo.*) Sí!
MONT. (*Con tono de amenaza.*) El señor Conde está aquí; lo sabe V?
JUANA. Y qué quiere V. decir con eso?
MONT. (*Lleno de rábia.*) Que él me vengará! no culpe V. á nadie de lo que va á suceder!
RYONS. (*Con fingido terror.*) Qué va V. á hacer, desdichado? (*De Montégre sale sin contestarle.*)
JUANA. A donde va?
RYONS. A vengarse... no lo ha oido V?
JUANA. Cómo!...
RYONS. Quemando su propio navío para que no pueda volver.
JUANA. Me he fiado en V!
RYONS. Ha hecho V. bien y se lo agradezco. Va V. á ver lo que hay en el fondo de estas grandes pasiones que persiguen á una mujer casada.
JUANA. (*Acercándose á de Ryons.*) Abren esta puerta!... tiemblo!...
RYONS. No tema V! (*Alegre y sinceramente.*) Si es preciso le mataré!

ESCENA ÚLTIMA

Los mismos, DES TARGETTES; BALBINA, *luego*, LEVERDET DE CHANTRÍN, SRA. LEVERDET, DE SIMEROSE Y DE MONTÉGRE

TARG. (*Entrando.*) Buenas tardes, Condesa, parece V. algo indispuesta.

JUANA. No! Estoy bien! Gracias!

RYONS. Y qué? Ya tenemos preparada la maleta?

TARG. Ca! Leverdet quiere que me quede para probar otra cocinera.

RYONS. (*Aparte.*) Pobre doña Emilia! no se verá nunca libre de él! (*Leverdet entra.*) Qué hay de nuevo?

LEV. Mucho. Acaban de llevar á de Simerose una carta.

RYONS. Quién?

LEV. Un criado.

RYONS. De parte de quién?

LEV. De la Condesa.

JUANA. Mía?

RYONS. (*Alegre.*) Perfectamente. Y qué ha dicho el Conde?

LEV. Pareció muy sorprendido; se levantó y se despidió de mí precipitadamente.

RYONS. Magnífico!!

LEV. (*Al ver llegar á de Chantrín sin barba ni bigote.*) Quién es ese caballero?

CHANT. No me conoce V?

LEV. Como! es V., de Chantrín?

CHANT. Condesa...

JUANA. Caballero...

LEV. Pero... que significa eso.. ? (*Hace con la mano un signo como el que hacen los barberos al afeitar.*)

CHANT. (*A de Leverdet y Juana.*) Es un sacrificio del amor. Me he quitado la barba y por poco me quito la cabeza.. Vengo á anunciarles á ustedes que la excelente intervención de doña Emilia en mis proyectos de casamiento ha sido coronada con el éxito más feliz... Me caso con la señorita Hackendorf: hace poco más de una hora supe la feliz nueva; mi *futura esposa*, ruega le dispensen el dejar de asistir á su invitación: Se siente indispuesta.

LEV. (*Aparte.*) La cosa no es para menos.

RYONS. (*A Juana.*) Ríase V. un poco. Siempre tendrá V. eso adelantado.

JUANA. Si supiera V. cuán lejos estoy de reirme!

RYONS. Lo grotesco al lado de lo sério... Sin embargo, ahí está toda la vida!

SRA. L. (*Entrando con Simerose á Juana.*) Por último has escuchado la voz de la razón! Oh! Cuánto me alegro!... Yo que siempre te he amado y defendido!...

JUANA. Cómo! Qué...

RYONS. (*A Juana. Entra de Simerose.*) Su marido!

SIM. (*Acercándose á Juana; con efusión.*) Es preciso absolutamente el aguardar á mañana?

JUANA. Para qué?

SIM. (*Entregándola la carta que escribió á de Montégre.*) Me ha escrito V. «Venga V. mañana, deseo creerle.» Cree V. que hubiera podido resistir al deseo de verla veinticuatro horas antes?

JUANA. (*Aparte y llena de gozo.*) Mi carta!

RYONS. (*A de Montégre que entró poco después de Simerose.*) Ha enviado V. la carta al marido como si estuviera dirigida á él mismo?

MONT. Sí..!

RYONS. Es demasiada crueldad!

MONT. Ya que no ha querido ser mía no será tampoco de otro. (*Sale.*)

RYONS. Cree vengarse y la salva!

BAL. (*Entrando.*) (*Mística.*) Papá... ya lo tengo todo dispuesto...

CHANT. (*A Balbina.*) Señorita!...

BAL. Caballero... (*A su padre.*) Quién es ese?...

RYONS. El Sr. de Chantrin... (*Con intención.*)

BAL. Ja! ja! ja! Qué gracioso! (*Sin poderse contener ríe á carcajadas y se vá. Se la oye reir aún en el jardin.*

RYONS. Curada! Ved lo que es el amor á los quince años. .

LEV. (*A de Ryons.*) Decididamente es V. un hombre muy inteligente!

RYONS. Sí, Pero no soy feliz! (*Con un suspiro.*) Vamos á comer! (*Juana y su marido, se quedan los últimos en escena.*)

JUANA. (*A de Simerose.*) He ido á Ville d'Avray. Mañana iremos á buscar al niño y nos iremos de Francia.

SIM. Oh! Que buena es V.! Ahora que estamss solos dígame V. la última palabra del perdón!

JUANA. (*Asegurándose de que nadie los mira y arrojándose á su cuello.*) Te amo!!

TELON RAPIDO